

5985

El
Supio errante

Palanca

n 3

EL JUDIO ERRANTE.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

EL

JUDIO ERRANTE.

DRAMA DE ESPECTACULO EN OCHO CUADROS Y UN PROLOGO,

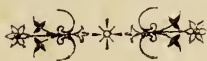
ESCRITO EN FRANCÉS POR

M. EUGENIO SUÉ,

y arreglada á nuestra escena por los Sres.

D. F. PALANCA Y D. E. ESCALANTE.

*Estrenado con éxito extraordinario en la noche del 14 de Octubre en los teatros
de la calle de Ruzafa y Circo Español.*



VALENCIA:

Librería de Pascual Agullar,

CABALLEROS, 1.

1873.

La propiedad dramática de esta obra pertenece á los Sres. D. Francisco Palanca y don Eduardo Escalante, y la propiedad editorial á D. Pascual Aguilar.

Los comisionados de la galería La Edetana son los encargados del cobro de los derechos de representacion.

REPARTO.

PERSONAJES.

ACTORES.

CALLE RUZAFÁ. CIRCO ESPAÑOL.

Dagoberto.	D. F. Troyano.	D. Ramon Plumer.
Rodin.	Leandro Torromé	Manuel Llorens.
El Judío.	José Sanchez.	José Contreras.
D'Angrini.	Antonio Estéve.	José Bayarri.
Agricol.	Eduardo Barreda.	Miguel Bello.
Gringalet.	Rafael Bolumar.	Juan Aparicio.
Morok.	José Perlá.	F. Huertas.
Gabriel.	Luis Senís.	Juan Colom.
Santiago (duerme en cueros).	Pedro Esteve.	F. Huertas.
Samuel.	José Navarro.	N. García.
El burgo-maestre.. } Un notario. } Loriot. } Francisco. } Un mozo de posada. } Un aldeano. } D'jalma. }	Félix N. N. Busó. N. Segura.	{ José Gomez. N. Ricard. N. N. N. García. N. N. N. Contreras.
Adriana de Cardoville.	D. ^a Paulina Andrés.	D. ^a María Agosti.
La jorobada.	Norberta Torán.	Enriqueta Lis.
Cefisa.	Rosa Sancho.	Filomena García.
Francisca Baudoin. .	N. Martín.	S. Huertas.
Blanca.	N. Senís.	María Albacete.
Rosa.	N. N.	Josefa Valero.

Aldeanos, agentes, máscaras y cuerpo de baile.

PRÓLOGO.

LOS CONFINES DEL MUNDO.

El teatro representa una vista del estrecho de Behring; en primer término un grupo de rocas cubiertas de nieve; mas lejos, el mar cubierto de témpanos de hielo. Al fondo, el horizonte se pierde entre las nubes. Un hombre aparece en medio de este desierto: es el Judío Errante. Cae desfallecido sobre una roca. El ruido del trueno retumba. El judío se levanta y dá unos pasos; despues, vencido por la fatiga y la desesperacion, párase nuevamente.

JUDIO. *(Con los brazos extendidos hácia el cielo.)* Piedad, piedad Señor: en mi carrera eterna, héme aquí de nuevo llegando á los límites del mundo. Es preciso, sin tener un instante de reposo, comenzar de nuevo esta marcha que no termina jamás. Dios poderoso! yo no tuve entrañas ni misericordia cuando vuestro hijo querido, yendo al suplicio, me pidió descansar un momento. Yo le contesté: «Anda! anda!» y hace diez y ocho siglos, esta palabra es mi condenacion. Una voz terrible la repite continuamente sobre mi cabeza. Hace diez y ocho siglos, siento que atormentan mi corazon los sufrimientos de mis hijos, de los hijos de mis hijos, de aquellos á quienes yo tanto amo. Ay! ellos se alejan de mi ternura, y huyen á mi paso. Pero, aquí, gran Dios, donde la tierra falta á mis pies, permitid que ante mis ojos se presente la generacion de mi raza: sí, Dios mio; vos aun sereis clemente. *(Oyese una armonía celestial)*. La voz terrible se estingue, el aire se purifica. ¡Gracias, Dios poderoso, voy á verles! Ya les veo.

(Calma la tempestad y aparece al fondo un cuadro dividido en cinco grupos. Grupo 1.º: en el centro Blanca y Rosa á caballo sobre Jovial que Dagoberto conduce de la brida. Agua fiestas marcha detrás.)

Grupo 2.º: á la derecha D'jalma sujeto por un oficial inglés y varios soldados que lo hacen prisionero. Grupo 3.º: á la derecha, sobre el suelo y al lado de una mesa cubierta de vasos, Santiago duerme en cueros, hállase tendido y durmiendo profundamente. Grupo 4.º: á la izquierda, en primer término, la señorita de Cardoville aparece ocupada en su tocador ayudada por dos camareras. Grupo 5.º: á la derecha, Gabriel, joven misionero, hállase rodeado por varios salvajes que pretenden clavarle en una cruz.

JUDIO. Blanca y Rosa ¡pobres huérfanas! seguid á vuestro guia fiel. ¡D'jalma! ¡noble príncipe! huye del enemigo que quiere detenerte en la India! A Paris! el 13 de Febrero no está lejos! Santiago Renepont! tu vida de indolencia y de desórden, levanta sus armas contra tí! Dios mio! vos no permitireis que esos bárbaros inmolen al angelical Gabriel! al piadoso misionero que va á enseñarles vuestra divina palabra. Joven, noble y pura, Adriana de Cardoville! guárdate de soureir al lujo y al placer! la desgracia se acerca: hijos, guardaos! Desde el centro de su poder, el enemigo dirige hácia vosotros sus malignos ojos y sus fuertes brazos! guardaos!
(El cielo se oscurece nuevamente. La tempestad ruje y desaparecen los cuadros.)

JUDIO. Ay de mí! todo desapareció! Y no poderles salvar! Una mano invisible me oprime y un torbellino me arrastra! *(Oyese una voz entre la tempestad.)*

Voz dentro. Anda! Anda!

JUDIO. Una hora solamente! una hora de reposo, Dios eterno!

Voz. Anda.

JUDIO. Ya os obedezco, Señor, ya os obedezco. Hasta el día que pronuncies la sentencia de si los míos se condenarán conmigo ó yo me salvaré con ellos.

(Váse por el foro.)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

LA POSADA DEL HALCON BLANCO.

Patio de la posada. Al fondo un pequeño ballado dejando ver la campiña. A la derecha un cobertizo y dos puertas que conducen á las cuadras. A la izquierda otra que conduce á las habitaciones. Sobre la primera puerta de la cuadra se halla el cuadro de Morok, que le representa domesticando las fieras.

ESCENA PRIMERA.

MOROK, *y varios aldeanos sentados á una mesa sobre la que hay algunas botellas.*

MOROK. Las seis, y sin ninguna noticia todavía! Gringalet no vuelve; los habrá encontrado? (*Sacando una carta del bolsillo y leyendo.*) Mis instrucciones son terminantes: «Evitar á toda costa que lleguen á Paris el trece de Febrero.» (*Oyese en la cuadra un rugido ronco.*) Judas! Silencio! «Para guiarlas y protegerlas, no tienen mas que al viejo soldado: es preciso detenerlo, alejarle, quitarle los medios de continuar su viaje. (*Oyese otro rugido.*) La Muerte! te callarás!

ESCENA II.

MOROK *y* GRINGALET.

GRIN. Ya estoy aquí de vuelta, mi amo!
MOR. Son buenas ó malas las noticias que traes?
GRIN. Escelentes! Los he encontrado á dos leguas de Witemberg, camino de Rusia.

- MOR. Luego llegastes á tiempo?
GRIN. Desde lejos ví dos jóvenes enlutadas, un caballo blanco y un perro gris.
- MOR. Hicistes hablar al viejo?
GRIN. Me acerqué á él con el aire mas bonachon y natural del mundo, y le pregunté qué hora era. Entonces las niñas echáronse á reir; el caballo me miró de través; el perro gruñó enseñándome los dientes, y el soldado, levantando su bastón, me respondió: «largo de aquí, tunante.» Al ver una acogida tan poco cariñosa, pasé de largo, y aquí me teneis.
- MOR. Pero no les has perdido de vista?
GRIN. Eso no, y pues esta es la única posada que hay por estos contornos, dentro de un instante los tendreis aquí.
- MOR. Bueno. (El trece de Febrero!... Oh! yo me lo arreglaré de modo...)
- GRIN. Señor, aunque ignoro completamente vuestros proyectos, os advierto que el soldado es viejo, pero en cámbio parece fuerte y resuelto.
- MOR. Ah! mi pantera negra tambien era vigorosa y astuta.
- GRIN. La Muerte? Oh, sí!
MOR. Aquel á quien el Señor sostiene en su lucha contra los animales feroces, tambien será sostenido por él en su lucha contra los hombres.
- GRIN. A propósito de animales: voy á dar de cenar á los nuestros.
- MOR. No: esta noche no cenan las fieras.
GRIN. Cómo que no cenan?
MOR. No me has oido?
GRIN. Sí, mas... permitidme...
MOR. Digo que no les des de cenar, y ay de tí, si desobedeces mis órdenes.
- GRIN. Señor, considerad que yo conozco muy bien el carácter de vuestros pensionistas, y si yo les privo de su alimento al leon, á la pantera de Java y al tigre, vereis estos insectos cómo me dicen: «Gringallet, ya haremos que te acuerdes de darnos nuestra racion.» Y en efecto, la primera vez que descuidado me acerque á las jaulas, son capaces de todo.
- MOR. Es decir, que tienes miedo!
GRIN. Cómo? Miedo! Cá! Pero vamos, me disgustan las caricias de esos animalitos.
- MOR. Basta de charlatanería, y veamos si admites una proposicion. Quiéres ganarte diez florines?
GRIN. Dónde están? Pero esperad, qué hay que hacer para ganarlos?
MOR. Pronto lo sabrás. Ahora diríjete á casa del Burgo-

maestre y pregunta si puedo hallarle con seguridad esta noche, para hacerle revelaciones muy importantes.

GRIN. Voy volando. Mirad, aquí llegan nuestros viajeros.
MOR. Tan pronto! No hay que perder un instante. Ven conmigo y te diré lo que hay que hacer. (*Mirando al foro.*) Sí, ellos son. Ah! Ya los tengo en mi poder. (*Vánse por la puerta primera izquierda.*)

ESCENA III.

DAGOBERTO, ROSA, BLANCA y el Mozo de la posada.

(ROSA y BLANCA, montadas sobre el caballo. DAGOBERTO llevando la brida, marcha delante. AGUA-FIESTAS, les sigue.)

DAG. Hola! mozo!

MOZO. (*Saliendo por la derecha.*) Señor!

DAG. (*Ayudando á bajar á las dos jóvenes del caballo.*) Lo primero, un cuarto para estas señoritas.

MOZO. Y otro para vos?

DAG. No. Luego la cena para estas señoritas.

MOZO. Y tambien para vos?

DAG. No.

MOZO. Ah!...

DAG. La cuadra para mi caballo, es esa? (*Coduciendo á Jovial que se pára y retrocede.*)

MOZO. Si señor.

BLAN. Qué es eso? Qué has visto, mi buen Jovial?

DAG. Cosa mas particular!...

MOZO. Ah! Es que ahí dentro están los animales de Morok el domador, y vuestro caballo no tendrá tal vez la costumbre...

DAG. En efecto; pero podrá colocarse en otra parte?

MOZO. Sí, seguidme.

DAG. Ven, mi pobre Jovial. Todavía hemos de hacer largas jornadas, y qué seria de nosotros sin tí! (*Desaparece un instante por la segunda puerta de la izquierda con el mozo y el caballo.*)

BLAN. Pobre Dagoberto! Cuántos cuidados, cuántas atenciones nos guarda desde el principio de este largo y penoso viaje.

ROSA. Y cuántas privaciones se impone por nosotras!

BLAN. Bien nos dijo nuestra madre, en su lecho de muerte: «Hijas mías, Dagoberto es ahora vuestro único apoyo, vuestro solo protector.»

(*Dagoberto saliendo nuevamente á la escena, se diri-*

je al foro y observa cuidadosamente por todas partes)

- DAG. Sí, aquí fué, aquí fué.
- BLAN. Qué tienes Dagoberto?
- DAG. Ah! mis recuerdos! mis tristes recuerdos!
- BLAN. Cómo! lloras tú?
- ROSA. Lloras?
- DAG. Pobres hijas mias! hace diez y ocho años, despues de la batalla de Leipzig, yo traje á vuestro padre á este mismo patio. Aun me parece verle allí tendido al pié de aquel árbol, tenía dos heridas en la cabeza. Aquí fuimos hechos prisioneros. Y por quién? por un renegado! por un coronel francés al servicio de la Rusia, y el que mas tarde... ¡pobre general! *Llevando la mano á sus ojos mientras las jóvenes se arrodillan al pié del árbol y rezan.* Pero á qué entristecemos! Procurad descansar algun momento, pues hemos de partir mañana á primera hora.
- BLAN. Estamos aun muy lejos del término de nuestro viaje?
- DAG. Sí, aun; y nuestros recursos se acaban. Debemos economizarlos. Por eso tomé un cuarto para vosotras, pues para mí y para Agua-fiestas que siempre duerme á mis pies, basta con un monton de paja á vuestra puerta.
- BLAN. Tanto quieres economizar, que hasta tú mismo lavas nuestras ropas. ¡Pobre Dagoberto!
- DAG. Aquí donde me veis, yo he sido el mejor lavandero de mi escuadron. No es estraño, pues, que continúe en este oficio, siempre se ahorra algo, y es preciso que lleguemos á Paris con algun dinero. Una vez allá, nuestros papeles y la medalla que llevais, harán lo demás.
- BLAN. (*Examinando una medalla que lleva oculta en su pecho.*) Esta medalla, en la que se ven grabadas estas palabras: «En Paris, calle de San Francisco, número 3, dentro de siglo y medio, deveis estar el 13 de Febrero de 1832. Rogad por mí.»
- DAG. Mas tarde hablaremos de ello. Ahora idos y descansad.
- MOZO. El cuarto de estas señoritas está dispuesto.
- ROSA. A Dios, Dagoberto.
- DAG. A Dios, hijas mias. (*Vánse Rosa y Blanca seguidas de Agua-fiestas por la derecha.*)

ESCENA IV.

DAGOBERTO y el MOZO.

- MOZO. Se os ofrece algo mas?
DAG. Sí, una cubeta y agua..
MOZO. Una cubeta? Vais á cenaros una cubeta de agua?
DAG. Y un pedazo de...
MOZO. Vamos, ya se esplicó.
DAG. Y un pedazo de jabon.
MOZO. De jabon?
DAG. Qué es eso animal? Acaso no me entiendes?
MOZO. Sí, voy volando. (Vaya un huésped.) (Vase.)
DAG. Gracias á Dios!
MOZO. (Saliendo con la cubeta que deja en el suelo.) Aquí lo teneis todo.
DAG. Está bien. Ahora déjame.
MOZO. Una cubeta, agua y jabon? Soldado habia de ser!
(Vase.)

ESCENA V.

DAGOBERTO y despues MOROK.

- DAG. (Quitándose el capote). Ea! manos á la obra.
(Abriendo un paquete y sacando alguna ropa principia á enjabonar cantando).
MOR. Hé aquí mi hombre: Veamos... Parece, camarada, que no teneis mucha confianza con las lavanderas de Moken?
(Dagoberto vuelve la cabeza, le mira de reojo y continua enjabonando).
MOR. (No responde.) Si no me engaño, sois francés, eh? Tal vez algun veterano del imperio? Pues francamente, para un héroe como vos, no encuentro muy digna la ocupacion. (Dagoberto en cuyo rostro se pinta la cólera, comienza á enjabonar precipitadamente.)
MOR. (El mismo silencio.) Sois mudo tal vez?
DAG. (Volviéndose bruscamente y mirándole con irritado semblante.) No os conozco, dejadme en paz.
MOR. Me gusta la cortesía. Deseo proponeros que bebamos un vaso de vino á fin de entablar relaciones, y

me contestais de ese modo? Yo he estado en Francia, he visto la guerra, y cuando encuentro algun francés, me causa alegría; sobre todo, cuando veo que este maneja el jabon con tanta habilidad como vos. Oh! por cierto que á tener yo un ama de gobierno, la haria vuestra discípula.

DAG. (Si no fuera por mis hijas!)

MOR. No digo bien, buen hombre?

DAG. (*Dagoberto le mira con ceño, despues calmándose de repente, toma la cubeta y se dirige al otro lado de la escena.*)

MOR. (Bravo! hé ahí la cólera próxima á estallar.)

MOR. No hay duda que sois un grosero, señor enjabonador. Qué respondeis á esto?

DAG. Nada. (*Movimiento de asombro en los circunstantes.*)

MOR. Nada! No seré yo tan breve! Pero os diré que cuando un extranjero corresponde á una atencion con una grosería, merece que se le enseñe á vivir (*Dagoberto retorciendo la ropa con fuerza. Taraca entre dientes una cancion.*)

MOR. Muchachos, vosotros sereis testigos de que este hombre me ha insultado! Es preciso que me esplique su conducta, ó de lo contrario...

DAG. (*Sin mirarle.*) Qué?

MOR. Me dareis una satisfaccion, si es que teneis sangre en vuestras venas.

ALDEANO 1.^o Batiros? Olvidais las leyes del pais que castiguan con una fuerte multa y un arresto de muchos dias...

MOR. Qué me importa á mí el arresto? Solo deseo dos sables, dos sables!

DAG. Y qué hareis vos con los sables?

MOR. Cuando nos encontremos frente á frente, entonces lo vereis. (*Dagoberto se encoge de hombros, recoge la ropa y se aleja.*)

MOR. Hé aquí lo que son los veteranos del brigante Napoleon! No solo hacen el oficio de las lavanderas, sino que hasta rehusan batirse.

DAG. Sí, rehuso batirme.

MOR. Porque teneis miedo... lo dais á conocer. Sois un cobarde.

DAG. Un cobarde! (Oh, hijas mias! Este es el mayor sacrificio que puedo hacer por vosotras.)

ALD. 1.^o Señor, la agitacion y la palidez de ese hombre manifiestan que no es un cobarde.

Muchas veces se necesita mas valor para rehusar un desaffo, que para aceptarlo.

Considerad que ese hombre viaja con dos jóvenes, y que si vos le matais ó le llevan á la cárcel por

- DAG. daros muerte, qué será de esas pobres niñas?
(*Con emocion y tendiéndoles la mano.*) Gracias, señores.
- MOR. (*Despues de hacer una breve pausa.*) Efectivamente, veo que teneis razon y no sabia lo que me hacia.
(*Yo encontraré otro medio.*)
- ALD. 1.º Sea enhorabuena, y para que todo termine, venid y bebereis con nosotros.
- DAG. Gracias; pero cuando uno acepta, es menester que ofrezca á su vez...
- ALD. 1.º Es claro: nosotros pagaremos la primera botella y vos la segunda.
- DAG. (*Con dignidad.*) La pobreza no es ninguna deshonra, señores. Y así os lo diré francamente, tenemos que hacer todavía un largo viaje, y somos pobres.
- ALD. 1.º En ese caso, ya es diferente: en vuestro lugar yo haria lo mismo. Buenas noches, bravo soldado.
(*Vánse.*)
- DAG. Adios, señores.
- MOR. (*Con humildad.*) Confieso mi culpa. Me guardais rencor todavía?
- DAG. Si te encuentro alguna vez cuando mis hijas no necesiten de mi apoyo, solo te diré dos palabras, y por cierto muy cortas. (*Volviendole la espalda váse por la derecha.*)
- MOR. Aun no estás en el camino de Paris. (*Llamando á Gringalet que aparece por el foro.*)

ESCENA VI.

MOROK y GRINGALET.

- MOR. Gringalet, ven acá.
- GRIN. Esto marcha; la ventana del cuarto de esas niñas da sobre el campo: subiéndome en un árbol puedo ver el interior.
- MOR. Dónde está el saco del soldado?
- GRIN. Sobre la mesa, al lado de la ventana.
- MOR. Ya sabes lo que hay que hacer.
- GRIN. Pero, y si el viejo se encuentra allí?
- MOR. No es fácil. El va ahora á cenar, y en todo caso yo hallaré medio de hacerle salir. Dame la vara de fresno.
- GRIN. Aquí la teneis. (*Dándosela.*)
- MOR. La capa de paño rojo.
- GRIN. Héla aquí. A propósito, mi amo. Os parece que le dé un pedazo de carne á la Muerte?

- MOR. No
- GRIN. Bueno. Ya vereis como me guarda rencor, y cualquier dia se come algo de mi individuo. (*Morok se dirige á la cuadra donde se halla Jovial, y despues á la de las fieras.*)
- GRIN. Qué irá á hacer? Cuando se halla frente á frente de la pantera, su serenidad me admira.
- MOR. Todo está dispuesto. Anda y colócate sobre el árbol y cuando el viejo salga precipitadamente del cuarto, salta sobre la ventana, apaga la luz, y si cumples con lo demás, cuenta por tuyos los diez florines. Espera. Así que tengas los objetos en tu poder, lleva esta carta al correo. (*Dándosela. Entra Morok en la cuadra de Jovial.*)
- GRIN. Corriente. (*Leyendo aparte el sobre de la carta.*) «Al señor Rodin, calle del Medio de los Ursinos, número once, en Paris.» (*Váse.*)
- MOR. *Conduciendo á Jovial hácia la cuadra de las fieras.* Ven tu á servir de alimento á mis fieras. Ahora, viejo insolente, veremos si llegarás al punto de tu destino el trece de Febrero. (*Al llegar á la puerta de la cuadra el caballo se encabrita y retrocede.*)

Fin del cuadro primero.

ACTO SEGUNDO.

EL SUEÑO DE LOS ÁNGELES.

Un cuarto de la posada: á la derecha en último término una cama, al mismo lado un sofá, sobre el cual Rosa y Blanca aparecen sentadas. A la izquierda una ventana: junto á esta una mesa, sobre la cual se encuentra una vela encendida y el saco de Dagoberto. Al fondo una puerta grande. A la izquierda otra pequeña que conduce al interior de las habitaciones.

ESCENA PRIMERA.

ROSA y BLANCA.

- ROSA. Crees que volverá esta noche?
BLAN. Ayer, así nos lo prometió.
ROSA. Qué bueno es!
BLAN. Y cuán grande nuestra felicidad, pues comparte su amor entre las dos.
ROSA. Bien sabe él que entre las dos solo existe un corazón.
BLAN. Cómo podría amarse á Rosa sin amar también á Blanca?
ROSA. No te parece que debíamos contárselo todo á Dagoberto?
BLAN. Si lo juzgas bien así... (*Oyese gruñir á Agua-fiestas que se supone está fuera de la puerta del foro.*)
ROSA. Por qué gruñe Agua-fiestas? (*Dos vidrios de la ventana caen al suelo hechos pedazos. Oyese ladrar con fuerza al perro.*)
BLAN. Dios mio! Qué ha sido eso?
ROSA. Yo no me atrevo á mirar!
BLAN. Y Dagoberto que nos deja solas!
BLAN. Oyes? Alguien sube por la escalera.
ROSA. Agua-fiestas; Ven aquí, á defendernos. (*A un gol-*

pe seco dado en la puerta del foro, se abre ésta y las jóvenes se abrazan atemorizadas.)

ROSA Y BLANCA. Ah! Es Dagoberto!

ESCENA II.

Dichos y DAGOBERTO

- DAG. Qué os sucede, medrosillas? Os habeis asustado?
BLAN. Ese ruido?...
DAG. No temais: es mi cama que he subido acuestas; es decir, un jergon que he arrojado tras de vuestra puerta para acostarme como de costumbre.
ROSA. Las maderas de la ventana empujadas por el viento han roto dos cristales.
DAG. Y os habeis asustado? Pero qué veo? Estos vidrios dan paso á una corriente de aire y podeis resfriaros: preciso es taparlos con algo. (*Cubriendo con el capote la ventana.*) Así está bien.
BLAN. Gracias, Dagoberto, por tu cariño. Y ahora vamos á revelarte un secreto.
DAG. Confidencias tenemos?
BLAN. Pero tú no nos regañarás?
DAG. Sepamos de qué se trata?
BLAN. Figúrate que hace dos nos noches tenemos una visita.
DAG. Una visita?
BLAN. Encantadora!
DAG. Qué diablo decís?
ROSA. Si tú le vieras con su rubia y rizada cabellera, sus ojos azules...
DAG. Rubio y con ojos azules? qué significa esto?
BLAN. Ves como ya empiezas á regañarnos!
ROSA. Y eso que aun estamos al principio!
DAG. Al principio! Luego quiere decir que hay un fin!
BLAN. (*Riéndose.*) Dios mio! qué cara pones!
DAG. Ea! Ya veo que os estais burlando de mí.
BLAN. No te impacientes, pobre Dagoberto, y te contaremos las visitas de nuestro amigo Gabriel.
DAG. Se trata de un hombre llamado Gabriel?
BLAN. Sí, de un hombre á quien amamos mucho y al que tú tambien amarás cuando le conozcas.
DAG. Que le amaré yo? Cosa mas particular!... Hace quince años, en la última carta que vuestro padre me trajo de mi muger, Francisca, me decia que á pesar de su pobreza y lo penoso que le era atender á la subsistencia de nuestro pequeño Agrícola, habia

recogido á un pobre niño abandonado, que tenia una figura angelical y se llamaba Gabriel.

BLAN. Luego tú tambien tienes un Gabriel? Razon de mas para que ames al nuestro.

DAG. El vuestro! el vuestro! qué diablos, hablad con mas claridad.

BLAN. Hace dos noches, apenas cerramos nuestros ojos al sueño, cuando vimos...

DAG. Ah! se trata de un sueño! Entonces ya estoy tranquilo.

ROSA. Las dos tuvimos la misma vision.

DAG. Las dos? Es estraño! Pero en fin, sepamos lo que visteis.

BLAN. Vimos aparecer un ángel tan bello, que á su presencia caimos postradas, y juntando nuestras manos, comenzamos á orar.

ROSA. Nos dijo que se llamaba Gabriel, y que nuestra madre le enviaba desde el cielo para que fuese nuestro ángel custodio.

BLAN. En breve desapareció, prometiendo que á la noche siguiente volveria á visitarnos.

DAG. Y cumplió su promesa?

ROSA. Exactamente.

DAG. Caramba? Sabeis que voy á tener celos de vuestro rubio? Pero dejemos ese asunto, y si no teneis otras noticias que darme, procurad descansar.

BLAN. A propósito de noticias; tú ofrecistes darnos algunas sobre esta medalla.

DAG. Sobre esa medalla! En efecto... Pero otro dia... Ahora conviene que os acosteis para gozar algun reposo.

BLAN. No tenemos sueño; cuéntanos...

DAG. Si os empeñais... Preciso será para ello remontarnos á una época muy lejana. Hace diez y ocho años, vuestro padre fué hecho prisionero de la Rusia por un tal marqués D' Agrigny. Vuestro padre se habia alistado como simple soldado, llegando á obtener el grado de coronel. Mas tarde, le nombraron general; despues mariscal de Francia y conde del imperio.

BLAN. Conde del imperio! y qué es eso, Dagoberto?

DAG. Una tontería. Un título que el emperador solia conceder sobre los campos de batalla, diciendo á sus soldados: quereis ser nobles? ahí teneis vuestro título de nobleza. Quereis ser reyes? ahí teneis vuestro reino.

BLAN. Hacia reyes?

DAG. Sí. Con la misma facilidad que solia deshacerlos. Pero volvamos á nuestra historia. Prisioneros de la

Rusia, llegamos á Varsovia, donde el general conoció á vuestra madre. La vió, se enamoró de ella. Era tan hermosa! Vuestra madre correspondió á su amor; pero sus padres la habian prometido á otro; al marqués D'Agriigny.

ROSA. Él! Siempre él!

(En este momento, Blanca da un grito señalando la ventana, por la que se ha visto asomar el brazo de un hombre que se retira precipitadamente.)

BLAN. Ah!

DAG. Qué tienes?

ROSA. Hermana mia!

BLAN. Allí, allí, una mano ha levantado el capote!

DAG. Una mano! *(Dirigiéndose á la puerta del foro por la que entra el perro, saltando luego por la ventana.)* Agua-flestras! Aquí! Corre. Busca, mi veterano, y si encuentras á alguien, sáltale encima y no le sueltes hasta que yo baje. *(Oyense los ladridos del perro.)* Dice que no hay nadie. Será el viento que ha movido el capote, y os habeis asustado. Agua-flestras! vuelve: entra por la puerta grande y vé á buscar á tu amigo Jovial. *(Oyese ladrar al perro.)* Ya dice que va.

BLAN. Continúa tu historia.

DAG. Mas tarde, tras de una fatal jornada, el general volvió á Varsovia; vuestra madre estaba libre, y el matrimonio coronó el cariño de ambos. Pero ay! el ódio del marqués, nos perseguia sin cesar. Un dia, bajo el pretesto de una conspiracion descubierta, se apoderaron de vuestro padre y le condujeron á la frontera, prohibiéndole volver á Rusia.

ROSA. Y qué fué de nuestra madre?

DAG. Vuestra madre se hallaba proxima á daros á luz, y sin tener piedad de su estado, algunos dias despues le confiscaron sus bienes y fué desterrada á la Siberia. Conducida por mí, llegamos á un mísero lugar, donde tres meses despues vinisteis al mundo.

BLAN. Y nuestro padre?

DAG. Desde entonces, ninguna noticia pudo adquirirse, hasta que un estrangero, un hombre de quien el general me habia contado el mas estraño é inespliable suceso...

ROSA. Qué suceso?

DAG. En medio de una sangrienta batalla, vuestro padre se apoderó de una bateria enemiga; todos los artilleros habian muerto; uno tan solo quedaba con vida y valor suficiente para aplicar la mecha encendida al cañon, cuando el general se hallaba á diez pasos de él.

ROSA Y BLANCA. Gran Dios!

DAG. El tiro partió. La muerte era inevitable; pero en el mismo instante, un hombre se habia colocado delante del cañon; aquel hombre debió ser hecho en mil pedazos, y sin embargo, cuando el humo se hubo disipado, vuestro padre vió que aquel hombre estaba en el mismo sitio.

ROSA Y BLANCA. Pero eso fué un milagro!

DAG. La edad de aquel hombre era de unos treinta años; alto, de rostro pálido, cejas negras y unidas entre sí... recordadlo bien, hijas mías, unidas de modo que su frente parecia estar cruzada por una marca fatal. Diez y seis años despues, trabajando yo á la puerta de nuestra choza, oí una voz que me preguntaba: es este el pueblo de Milosk? Volví la cabeza, y encontré delante de mí á un extranjero: al mirarle retrocedí espantado; aquel hombre tenia cruzada su frente por aquella marca fatal que no quisiera que jamás olvidarais: aquel hombre manifestaba la misma edad que cuando salvó tan milagrosamente la vida de vuestro padre.

ROSA. Y trajo noticias del general?

DAG. Sí.

BLAN. De dónde venia?

DAG. De la India, donde encontró á vuestro padre que se hallaba combatiendo contra los ingleses. El desconocido habló secretamente con vuestra madre, entregándole los papeles que se encuentran en mi saco, y vuestra pequeña fortuna. Luego se alejó. Marchaba, segun dijo, en direccion al Norte. Al partir observamos que, donde hollaba su planta, quedaba formado un hoyo en cuyo centro se veia grabada una cruz.

BLAN. Una cruz!

DAG. Sí, hijas mías! Este fué un presagio funesto. Algunas horas despues, una horrible peste diezmo el pueblo, y vuestra madre, súbitamente atacada, no tuvo mas que el tiempo suficiente para colocaros al cuello esa medalla, y suplicarnos que al instante nos pusiéramos en camino.

ROSA Y BLAN. Madre mia.

DAG. Oh! Vosotras, en aquellos momentos os mostrasteis dignas hijas de mi general. Allí permanecisteis junto á su lecho de muerte hasta colocar la humilde cruz de madera sobre la fosa que yo mismo abrí.

ROSA Y BLANCA. Pobre madre mia!

(Oyense rugir á las fieras y luego el relincho de un caballo.)

DAG. Escuchais? ese es Jovial! Qué le hacen á mi caballo? Allá voy, mi Jovial, allá voy.
(*Saliendo precipitadamente por el foro. Apenas desaparece Dagoberto, se abre violentamente la ventana y Gringalet salta á la escena apagando la luz.*)

BLAN. Rosa!

ROSA. Hermana mia!

BLANCA Y ROSA. Ah! (*Desmayándose y cayendo abrazadas sobre el sofá.*)

ESCENA III.

ROSA, BLANCA y GRINGALET.

GRIN. Llegó el momento: las niñas no pueden impedir mi negocio. Aquí en la mesa está el saco del viejo. Alijémosle la carga á ese pobre diablo. Los papeles, confiscados. Una bolsa; por cierto no muy repleta... sin embargo, la guardo. Una cruz de honor: y la habrá ganado quizás á costa de su sangre! Bá! esto me dispensará comprarme una cuando me nombren caballero de la Legion. Hemos concluido. Cierro el saco. Se oye ruido. Alguien se acerca. (*Saltando por la ventana. Los objetos marcados en el diálogo, los reconoce Gringalet, llegando á la ventana.*)

ESCENA IV.

ROSA, BLANCA y DAGOBERTO.

DAG. Muerto! Muerto mi pobre Jovial! Pero qué significa esta oscuridad? Blanca! Rosa! Hijas mias! No me responden! Una luz! Ah! el farol que hay en el corredor. (*Sale y vuelve con un farol que deja sobre la mesa.*) Dios mio! Qué nueva desgracia me espera! Desmayadas! Desmayadas las dos! Blanca! Rosa! Habladme! Responded pronto, que me dais miedo! Vuelven en sí! Entreabren sus ojos. Miradme! soy yo, soy Dagoberto!

BLAN. Dagoberto!

ROSA. Oh, qué horror!

DAG. Pero qué ha sucedido aquí?

BLAN. Apenas salistes, cuando abriéndose la ventana con

violencia, vimos saltar un hombre que apagó la luz.

DAG. Un hombre! Todo esto es muy extraño!

ROSA. Por qué te fuiste? Qué le sucedía á Jovial?

DAG. Nada, no ha sido nada! (Pobre animal! Pobre amigo mio! Cómo acabar nuestro viaje!)

BLAN. Qué estás ahí hablando solo?

DAG. Es que... he tenido una pequeña cuestion con los que maltrataban á Jovial, y como yo quise vengarle, el burgo-maestre ha llegado, y me ha pedido los papeles que vengo á recoger. (*Abriendo el saco y sacando algunos efectos.*) Será preciso imponernos alguna privacion mas, y con lo poco que nos queda... Pero, Dios mio, mi pasaporte donde está? y mis papeles? y mi bolsa? Nada! Nada! Perdido! Todo perdido!

BLAN. Qué te sucede?

DAG. Pero no puede ser. (*Registrando nuevamente el saco y sus bolsillos.*) Fatalidad! Nada! Nada tampoco! Los teneis vosotras? Os los he dado yo á guardar?

BLAN. Pero qué significa tu agitacion?

DAG. (*Fuera de sí.*) Los teneis, sí ó no?

BLANCA Y ROSA. Dagoberto! Amigo mio!

DAG. Todo perdido, sí, todo. Las cartas, los papeles; su existencia, su porvenir! Ah! Perdon! Yo no soy culpable! Qué horrible desgracia. (*Cayendo á los pies de Rosa y Blanca.*)

ESCENA V.

Dichos, MOROK y el BURGO-MAESTRE.

MOR. Hélo ahí, señor burgo-maestre.

DAG. El burgo-maestre! Nuestra suerte va á decidirse. Valor!

BURG. Decís que él fué quien metió el caballo en la cuadra de vuestras fieras? (*A Morok.*)

DAG. Eso es falso, señor burgo-maestre! Alguien con perversa intencion, condujo allí á mi pobre Jovial. El, que era mi única esperanza para conducir á Paris á estas niñas demasiado débiles para hacer el camino á pié y demasiado pobres para viajar en coche.

BURG. Ah! estas señoritas son...

DAG. Dos pobres huérfanas, señor, cuya felicidad se encuentra al fin de este largo viaje.

BURG. Me interesan estas niñas. Qué edad tienen?

- DAG. Quince años y dos meses, señor!
- BURG. Justamente la edad de mi Federica.
- DAG. Teneis una hija de esa edad? Oidlo bien, hijas mias! El señor burgo-maestre tiene una hija de vuestra edad! Estais salvadas! Él mismo, estoy seguro, que nos dará un caballo para que podamos continuar nuestro viaje.
- MOR. (Esto se complica.) Olvidais, señor burgo-maestre...
(*Aparte á él.*)
- BURG. Qué?
- MOR. Que hay muchos vagabundos que saben mentir con mucha facilidad... Yo no acuso á nadie... Pero hasta que no os enseñe sus papeles...
- BURG. Es cierto. Vuestros papeles. Tendries la bondad de enseñarme vuestros papeles?
- DAG. Los... Nuestros papeles...
- BUR. Sí, terminemos.
- DAG. Es que...
- BURG. Acabad.
- DAG. Pues sabed, señor burgo-maestre, que al buscar mis papeles en mi morral, no los hé hallado, ni mi bolsa, ni mi cruz.
- MOR. (*Riendo.*) Su cruz!
- DAG. Sí, mi cruz! y si os hablo de ella, señor, no es por vanagloriarme, pero yo he sido condecorado por la mano del emperador, y el que ha sido condecorado por su misma mano, no puede ser un mal hombre. No es verdad, señor burgo-maestre, que me dejareis partir con mis hijas?
- BURG. Mi deber...
- MOR. Además, señor, debeis haber recibido hace poco un aviso, por el cual se os anuncia que un vagabundo y dos aventureras... (*Hablándole al oido.*)
- BURG. És verdad! Y yo que me dejaba llevar por las apariencias!
- DAG. Ah! miserable Morok!
- ROSA. Pero qué significa?..
- BLAN. Cómo nos miran!..
- BURG. Sí, este hombre puede ser algun espía, ó algun conspirador francés.
- DAG. Yo, un espía!
- BURG. Y estas dos jóvenes, á pesar de su aire inocente podrian ser muy bien...
- DAG. Desgraciado!
- MOR. (Esto marcha.)
- DAG. (*Cogiendo del brazo al burgo.*) Escuchad bien: mientras que este miserable me ha insultado, nada he dicho, por que se trataba solo de mí; pero os prevengo, que si por desgracia no hablais de estas

dos niñas como de la vuestra propia, sabed, que aun cuando seais el Burgo-maestre, os arrojó por la ventana.

MOR. (Bravo! Soberbio!)

BLANCA y ROSA. Dagoberto!

BURG. Cómo! Os atreveis á decir que estas dos aventure-
ras...

DAG. (*Quitándole el sombrero y arrojándolo al suelo con fuerza.*) Abajo el sombrero, cuando se trata de las hijas del mariscal duque de Ligny!

ROSA y BLANCA. Gran Dios!

MOR. (¡Todo salió á mi deseo!)

BURG. Temerario! Te has atrevido á mí, al Burgo-maestre!

MOR. Id, llamad á los soldados.

DAG. (*Cerrando la puerta del foro.*) No, vos no llamareis á nadie! (*Cogiendo al burgo-maestre y arrojándolo dentro del cuarto de la derecha.*) Ya hay uno!

ROSA y BLANCA. Dagoberto! que has hecho?

MOR. A mí, socorro, favor! (*Dando golpes á la puerta.*)

DAG. Domador de fieras, (*Metiéndole en el mismo cuarto y cerrando con llave*) ahora te domaré yo á tí. No hay que perder un instante. (*Oyese arañar á la puerta del foro la que abre Dagoberto y aparece el perro.*) Tu, aquí: al primero que entre, estrangúlele. Ahora nos toca obrar á nosotros.

BLAN. Que hay que hacer?

DAG. La ropa, los abrigos, aprisa!

BLAN. Sí, sí. (*Dagoberto coge una de las sábanas de la cama y la ata á la ventana. Rosa y Blanca, despues de arrojar algunos lios por aquella, saltan fuera de la escena.*)

DAG. Ahora vosotras, hijas mias. Sin duda pesa alguna maldicion sobre esta familia. Mas no importa! General Simon! vuestras hijas llegarán á Paris el dia señalado! yo os lo prometo! aun cuando para ello, tenga que ir mendigando todo el camino.

Fin del acto segundo.

ACTO TERCERO.

EL SEÑOR RODIN.

Interior de una habitación sencillamente amueblada: puerta al foro y laterales: á la izquierda en primer término una mesa de madera negra: sobre esta una esfera y varios papeles. Al levantarse el telon aparecen Rodin escribiendo y Francisco saliendo por la derecha.

ESCENA PRIMERA.

RODIN y FRANCISCO.

- ROD. Quién va?
FRAN. Soy yo, señor.
ROD. Ah! Francisco. Hoy almorzaré aquí... Prepara...
FRAN. Lo de costumbre?
ROD. Sí; Pan, rábanos, sal y un vaso de agua. *(Oyese sonar una campanilla.)* Lllaman. Mira quién és. *(Francisco abre la puerta del foro, por la que entra D'Agrigny. Rodin al verle se levanta saludándole con una ligera inclinacion de cabeza. Francisco se retira por el foro.)*

ESCENA II.

D'AGRIGNY y RODIN.

- D'Ag. Rodin!
ROD. Caballero...
D'Ag. Hay alguna carta de Dunquerque?
ROD. Ninguna.
D'Ag. La salud de mi madre me inquieta: no sé cómo mi

buena amiga la princesa de Saint-Dizier no me ha escrito. Habeis abierto ya la correspondencia estrangera?

ROD. He aquí el extracto.

D'AG. Leed.

ROD. (*Leyendo.*) «El señor S'plinder envia desde Nemur las noticias secretas que se le han pedido sobre su amigo el señor Ardouil.»

D'AG. Continúad.

ROD. «El señor Ardouil remite desde la misma ciudad las noticias secretas sobre su amigo el señor S'plinder.»

D'AG. Está bien.

ROD. «El señor Van-Start de la misma ciudad, remite una nota confidencial sobre sus dos amigos los señores S'plinder y Ardouil.»

D'AG. Comparemos. (*Oyese un timbre.*) Ved quién es.

ROD. Es el cartero. (*Francisco entra por el fondo y le entrega á Rodin varias cartas, retirándose luego por el foro.*)

D'AG. No hay ninguna de Dunquerque?

ROD. No señor.

D'AG. Ninguna noticia de mi madre. Todavía treinta y seis horas de inquietud. Oh! si no recibo pronto noticias satisfactorias, partiré. Esas cartas, de dónde son?

ROD. La una, es de Charleston y sin duda relativa á Gabriel el misionero; la otra de Batavia, relativa al indio D'jalma. Esta de Leipzig que se relaciona con las hijas del general Simon.

D'AG. El general Simon!

ROD. Deseais saber... (*Con frialdad.*)

D'AG. Antes de abrir esas cartas, leedme de nuevo la nota referente al asunto de las medallas.

ROD. (*Leyendo.*) «Hace ciento cincuenta años, una familia francesa, protestante, la familia Renepont, se espatrió para sustraerse á los rigores que debia traer la revocacion del edicto de Nantes. Los bienes de esta familia fueron confiscados y entregados á los reverendos padres de la compañía de Jesus. Dícese que el jefe de esta familia, hizo llamar antes de morir á un judío, al cual le debia la vida, entregándole ciento cincuenta mil francos, á fin de que de padres á hijos se hiciera válida esta cantidad, durante siglo y medio. Esta orden ha sido cumplida religiosamente: de modo, que hoy, los intereses acumulados, deben formar mas de doscientos millones.»

D'AG. Doscientos millones! Eso es imposible.

ROD. No, puesto que en el término de catorce años, un

capital se dobla por sus intereses: es decir que á los catorce años ascendia el capital á 300,000 francos, á los veintiocho, á 600,000, á los cuarenta y dos, á mas de un millon y así sucesivamente, hasta el presente año.

D'Ag.

Continuad.

Rod.

(*Leyendo tranquilamente.*) «Mas de doscientos millones que deben en un dia fijo ser repartidos entre los descendientes de los dichos Renepont. Estos descendientes son en número de seis, á saber: Las señoritas Rosa y Blanca Simon.»

D'Ag.

Leed la carta de Leipzig.

Rod.

Escelente noticia: (*Leyendo.*) «Las dos jóvenes y su guia, pretendieron escapar de la posada del Halcon Blanco, pero los tres fueron reducidos á prisión, de modo que son nuestros.»

D'Ag.

Poned esa nota en nuestra lista de los regresados.

Rod.

Queda anotada. (*Escribiendo.*)

D'Ag.

Continuad.

Rod.

(*Leyendo.*) El indio D'jalma, hijo de Radja-Sing, rey de Mondí.»

D'Ag.

La carta de Batavia.

Otra buena noticia: «El viejo rey indio ha sido muerto en la última batalla que dió á los ingleses. Su hijo D'jalma despojado del treno de su padre, ha sido enviado á una fortaleza de la india como prisionero de estado.»

D'Ag.

Bien: uno mas que no podrá hallarse en esta en el mes de Febrero.

Rod.

(*Leyendo otra nota.*) «Gabriel Renepont, cura misionero, huérfano abandonado, recogido por Francisca Baudoin, mujer del soldado llamado Dago-berto. Gabriel á quien nosotros hemos hecho entrar en nuestra órden, á pesar de su ninguna vocacion, es para este gran negocio la única esperanza de nuestra santa compañía. El fundador de esta inmensa fortuna, quiso que no fuese repartida mas que entre aquellos de sus descendientes que se encontrasen el dia señalado en la casa de la calle de San Francisco.»

D'Ag.

Leed la carta de Charleston.

Rod.

«Gabriel es esperado un dia de estos en las montañas Roquesas, donde á todo trance ha querido ir de mision.»

D'Ag.

Qué imprudencia!

Rod.

«A su llegada se le mandará partir inmediatamente para la Francia.»

D'Ag.

Queda, por otra parte, Adriana de Renepont, hija del duque de Cardoville. Esta es la sobrina de mi

amiga la princesa de Saint Dizier; y con la ayuda de esta buena señora, yo me encargo de esa niña.

ROD. Tenemos también á Santiago Renepont, apellidado Duerme en cueros, obrero perezoso, camorrista y derrochador.

D'AG. Vos os encargareis de él; ya os daré mis instrucciones.

ROD. Le espero aquí esta mañana. (*Francisco entra por el foro y le habla aparte á Rodin.*)

ROD. El es, y parece que no viene solo; le acompaña una jóven.

D'AG. Venid, voy á deciros lo que debéis hacer. Francisco, llamadles, y que esperen aquí. (*Vánse por la izquierda.*)

ESCENA III.

FRANCISCO, CEFISA y SANTIAGO.

FRAN. Pasad adelante y tened la bondad de esperar un momento. (*Vase por el foro.*)

SANT. Cefisa, amor mio, si quieres decirme qué venimos á hacer aquí, te lo agradeceré.

CEF. Qué venimos á hacer? Pues no lo sabes? Venimos á tomar algun dinero.

SANT. Ya! Venimos á negociar un empréstito. Y es el señor Rodin, el usurero, quien tiene el deseo de cubrirlo? Pues francamente, ó ése señor no me conoce, ó no lo entiendo.

CEF. Al contrario.

SANT. Me conoce? Pues entonces no me presta nada.

CEF. Yo te aseguro que te prestará.

SANT. Oye, querida, Tú no puedes trabajar en verano porque eres muy aficionada á los bailes campestres, de lo que resulta, que por darte gusto, tampoco trabajo yo mientras hace calor.

CEF. Es verdad. Y tú no trabajas en invierno porque prefieres ir al café, al teatro, y á los bailes de máscaras. Así es, que yo tampoco trabajo cuando hace frio.

SANT. Justo! Por eso digo yo, que si el señor Rodin no me conoce, podrá prestarme algo, aunque sea poco, pero si me conoce, ni poco ni nada; con que marchémonos y será lo mejor.

CEF. Vete tú si quieres, pero yo no salgo de aquí sin dinero.

- SANT. Ahora falta saber lo que ese señor exigirá en cambio.
- CEF. Silencio! Él viene. (*Entra Rodin por la izquierda.*)
- SANT. Cómo! Es ese viejo del gaban raído? Pues si su caja no está mas repleta que sus pantorrillas, tambien dará poco de sí.

ESCENA IV.

Dichos y RODIN.

- ROD. (*Despues de examinarles un breve instante.*) Ola! Sois vos, amiguito, cuyo nombre es...
- SANT. Duerme en cueros. Me llaman así, porque tengo la costumbre de acostarme sin gorro de dormir.
- ROD. Pero vuestro verdadero nombre es Santiago Renepont?... Con que parece que necesitais dinero? qué cantidad os hace falta?
- SANT. Qué cantidad?... Tú no digiste?...
- CEF. (*Aparte á Santiago.*) (Ya que tambien se presenta, no te pares en poco.)
- ROD. Ea! No tengais reparo en pedir...
- SANT. En ese caso, tres ó cuatro cien...
- ROD. Vamos, ya: tres ó cuatro mil francos?
- SANT Y CEFISA. Cuatro mil francos!
- ROD. (*Sacando una cartera con billetes.*) No es bastante? Entonces, he aquí seis mil, y no se hable mas.
- SANT. Bien, vengan, y no hablemos mas del asunto. Pero esperad, yo debo entregaros en...
- ROD. Cómo?
- SANT. Os pregunto que cuál es la...
- CEF. Quiere decir Santiago, que desea saber qué garantía...
- ROD. Qué garantía? Firmándome un pagaré.
- SANT. Un pagaré? Si no es mas que eso, venga. Pero qué diantre, esplicadme antes con franqueza...
- ROD. A eso voy. Vos poseeis una medalla misteriosa...
- SANT. Es verdad.
- ROD. Por la cual se os debe entregar una herencia.
- SANT. y CEF. Una herencia!
- ROD. Enorme! Mas de doscientos mil francos!
- SANT. Doscientos mil francos! con esa cantidad puedo yo cubrir á Cefisa de diamantes y de blondas. Cefisa, vamos á pasearnos en carruaje propio y á ocupar todas las noches un palco principal en el teatro de la Opera.
- CEF. Sí, querido mio.

- SANT. Pues digo, cuando entremos en el ambigú, nosotros solos vamos á hacer mas gasto que cien personas juntas.
- ROD. Comprendeis ahora la razon que me mueve á felicitaros esa insignificante cantidad? Ya lo veis, no es mas que un pequeño negocio de prestamista. Debeis heredar el 13 de Febrero... creo que es el 13 de Febrero la fecha que indica la medalla.
- CEF. Sí, sí, el 13 de Febrero.
- ROD. Corriente. Yo os entrego ahora estos seis mil francos, y vos me firmais este pagaré por el cual os comprometeis á devolverme ocho mil...
- SANT. No siendo mas que eso...
- ROD. Observareis que el plazo en que vence, es un poco antes de la época feliz en que debeis heredar, pero esto no es mas que para obligaros á renovar el pagaré obteniendo yo otra pequeña utilidad.
- SANT. Sí, está comprendido. (*Firmando el pagaré.*) Aquí lo teneis en regla.
- ROD. Y aquí estan vuestros billetes.
- SANT. Dos, cuatro, seis.
- CEF. Seis mil francos! qué fortuna!
- SANT. Oh! cuando pienso que dentro de poco hemos de recibir muchos mas, no se lo que me pasa. Hay para volverse loco de alegría.
- CEF. Si, querido mio, viva el dinero!
- SANT. Y vivan los placeres. (*Bailando con Cefisa.*)
- ROD. (*Con sequedad.*) Basta, basta!
- SANT. Teneis razon, la felicidad nos embriaga. Vaya, Adios papa; Rodin, Adios.
- CEF. El os bendiga. (*Vase foro.*)
- ROD. Marchad, inocentes; no sabeis que esos seis mil francos os han de conducir á la prision por deudas,

ESCENA V.

RODIN y D'AGRIGNY.

- D'AG. Rodin!
- ROD. Ha caido otro en la red. Ya es nuestro.
- D'AG. Magnífico!
- FRAN. (*Por el foro entregándole dos cartas.*) Señor Rodin!
- D'AG. Hay nuevas noticias?
- ROD. La señora princesa de Saint-Dizier, aprovechando la salida de una estafeta, nos manda noticias.. desde Dunquerque.
- D'AG. De mi madre? Dadme, dadme. (*Abriendo la carta*

- y leyendo para sí.) Cielos! que veo! madre mia!
 ROD. Ha ocurrido alguna desgracia?
 D'AG. Su estado es gravísimo y el médico juzga que mi presencia debe serle muy útil, puesto que ella me llama sin cesar. Este deseo es sagrado: si yo no acudiera, sería un parricida. Quiera el cielo que llegue aun á tiempo.
 ROD. (Con frialdad.) Qué desgracia!
 C'AG. Francisco! Francisco! pronto, que enganchen el coche con dos caballos. No volverla á ver! Oh! sería muy cruel!
 ROD. Hay además otra carta...
 D'AG. Llegaré á tiempo para salvarla.
 ROD. Caballero, hay otra carta muy importante y muy urgente. (Con sequedad.)
 D'AG. Abridla vos, y enteraos de lo que dice; ya veis que no está ahora mi cabeza...
 ROD. Pero esta carta es confidencial, y yo no puedo abrirla; además, este sello...
 D'AG. Es verdad. (Tomándola y leyendo.) «Roma y Octubre de 1831. Suspended todo asunto; sin pérdida de tiempo venid.»
 ¡Gran Dios! ¡partir sin ver á mi madre! Esto es horrible!
 ROD. (Que le ha observado con atencion le enseña el sello de la carta.)
 D'AG. Partiré.
 FRAN. Señor, (Sale con un criado, foro.) el coche está dispuesto.
 D'AG. Vamos, (Con tristeza.)
 FRAN. ¿Camino de Dunquerque?
 D'AG. No, camino de Italia. (Vanse. Rodin les saluda profundamente, y al verse solo endereza su talle encorbado hasta entonces. Su mirada se anima, dá algunos pasos precipitados, se aproxima á la mesa y escribe, hablando consigo mismo.)
 ROD. Partió, pero contra su voluntad. Esta carta llegará á Roma ántes que él. (Escribiendo.) «Yo le vigilo; decidle al cardenal príncipe, que puede contar conmigo, pero que llegará ocasion en que habrá de servirme activamente.» (Cierra la carta, y estiendo su mano sobre la esfera.) Leipzig! Charleston! Batavia! En cada una de estas tres ciudades tan distantes, existen gentes que se hallan muy lejos de suponer que desde aquí, desde esta desierta calle, desde este oscuro cuarto, se siguen todos sus movimientos, se sabon todas sus acciones y hasta sus propios pensamientos, Que desde aquí parten órdenes que son inexorablemente ejecutadas: hoy

se trata de un interés inmenso, cuyas consecuencias puede sentir la Europa, y hasta el mundo entero. Oh! se le volverá la vida, se le volverá el poder á nuestra órden; dotémosla con todos esos millones, y luego... luego, quién sabe?... Sixto quinto llegó á Pápa y Sixto quinto no era mas que un guardador de cerdos.

FRAN. (*Francisco aparece llevando sobre una bandeja, unos rábanos, pan, un salero, y un vaso de agua.*) Vuestro almuerzo, señor Rodin.

ROD. Venga, pues hoy me siento con mucho apetito.

FRAN. (Rábanos, pan y agua. No sería mas frugal un anacoreta. Este hombre es un santo!)

ROD. Sixto quinto guardó cerdos, y Sixto quinto llegó á pápa! Paciencia!.... Paciencia!....

Fin del acto tercero.

ACTO CUARTO.

ADRIANA CARDOVILLE Y LOS NAUFRAGOS.

Salon lujoso y elegantemente amueblado. Ricos cortinajes en las puertas. Espejos y preciosas arañas. Jarros de porcelana con flores, etc., etc.—Dos puertas laterales en primer término. Al fondo una espaciosa galería con rompimiento de columnas por lo que se vé el mar, y á la que se sube por una escalinata alfombrada.

ESCENA PRIMERA.

GRINGALET *y luego* RODIN.

- GRIN. Pues, señor, cada dia estoy mas contento de que el señor Rodin me haya colocado en casa de la señorita de Cardoville, huyendo para siempre de las fieras del señor Morok. Yo bien sospecho que al darme el viejo Rodin tan buena colocacion, no lo habrá hecho sin misterio, pero yo aquí cómo y bebo perfectamente, duermo mucho, trabajo poco y vamos andando. Hola! Aquí viene mi protector.
- ROD. Buenos dias, Gringalet. (*Foro derecha.*)
- GRIN. Felices, señor Rodin.
- ROD. Y qué tal? Te hallas á gusto en esta casa?
- GRIN. Muchísimo, mi querido protector.
- ROD. Quiere decir, que sentirias perder tan buena colocacion?
- GRIN. Seria mi mayor desgracia.
- ROD. No la perderás; pero es necesario para ello que te halles dispuesto á servirme en un todo.
- GRIN. Decid lo que quereis.
- ROD. Oye, pues. Necesito que durante el tiempo que habite en esta quinta la señorita de Cardoville, pongas en mi conocimiento, por medio de una nota,

que yo mandaré recoger de cuando en cuando, todo lo que veas y oigas, y que seas además el ejecutor de todos mis mandatos.

GRIN. Prometo serviros con lealtad. (*Oyese ruido de truenos.*)

ROD. Siendo así no te pesará. Hola! Parece que se prepara tempestad.

GRIN. El viento sopla con violencia y el mar se encrespa; milagro será no tengamos que presenciar la desgracia de algun buque que se estrelle sobre la costa. (*Oyese un timbre derecha primer término.*) Ese sonido me dice que está llamando la señorita.

ROD. Puedes marchar. Pero aquí viene.

ESCENA II.

Los mismos y ADRIANA.

ADRI. Gringalet?

GRIN. Señorita!

ADRI. Con quién hablais?

ROD. Servidor... (*Váse Gringalet.*)

ADRI. Hola! El señor Rodin, el secretario particular del abate D'Agrigny, íntimo amigo de la princesa de Saint Dizier, mi tia.

ROD. El mismo.

ADRI. Es acaso el viento de la tempestad quien os ha traído por aquí? (*Con intencion.*)

ROD. Oh! nada de eso. Vos recordareis, señorita, que yo no soy mas que un pobre viejo, que se vé de continuo obligado á obedecer las órdenes de sus superiores. (*Aumenta la tempestad.*)

ADRI. Qué grande! (*Subiendo algunos pasos hácia el foro.*) Qué hermoso es el espectáculo que presenta la tempestad! (*Bajando.*) En ella se muestra la cólera de Dios! Y... decid, señor Rodin, podré saber por qué causa, de algun tiempo á esta parte, parece que vais espiondo todas mis acciones?

ROD. Por qué, decís? Oh! porque vos, segun parece, tampoco reparais en emprender marchas repentinas, sin dar parte de ellas á vuestra tia la princesa.

ADRI. Ah, ya!.. Y vos sin duda, venis de parte suya con el fin de averiguarlo? Pues, sabed que el espionaje de la princesa, esa continua fiscalizacion de todos mis actos, acciones y palabras, me cansa, me hierre; pues voy comprendiendo sus planes tenebrosos, y es llegada la ocasion de que recobre mi libertad,

pudiendo, en una palabra, sentir, hacer y pensar lo que tuviera por conveniente, sin cortapisas de ninguna clase.

ROD. Señorita... la princesa me ha ordenado que viniese á vuestra quinta con el fin de recoger una cajita que, segun dice, dejó olvidada en el pabellon azul, y si lo permitis...

ADRI. Siento mucho no poder complaceros, señor Rodin, pues hasta que mi señora tia no autorice con su firma la peticion, y yo me satisfaga del verdadero objeto de la demanda, vuestro deseo quedará frustrado ante mi negativa.

ROD. La caja solo contiene papeles viejos sin importancia, y una medalla antigua de escaso valor.

ADRI. Cuanto digais será inútil, señor Rodin. (*Aumenta la tempestad considerablemente.*)

GRIN. Señorita... Señorita...

ADRI. Qué sucede?

GRIN. Todo el mundo parte á la playa, pues se acercan dos buques impelidos por el huracan, los cuales corren peligro cierto de estrellarse contra las rocas.

ADRI. A socorrerlos, pues: Aquí, mis servidores! (*Salen los criados.*) Tóquese la campana de la capilla; acudan todos en auxilio de esos desgraciados. (*Oyense dos cañonazos.*) El cañonazo de socorro! Pronto, hijos míos, preparad ropas, camas y cordiales para los náufragos. ¡Valor y á la playa!

ESCENA III.

RODIN y GRINGALET.

ROD. Oye, Gringalet. (Esta es la ocasion.) Toma, este bolsillo para tí, y escucha bien lo que te voy á decir.

GRIN. Oh! Gracias! gracias! Mandad. (*Tomando el bolsillo.*)

ROD. Ya sabes hácia que parte cae el pabellon azul: pues, bien, necesito que vayas al momento y me traigas una caja que hay en el armario de la derecha. Todos en este momento se encuentran fuera de la quinta socorriendo á los náufragos, y la ocasion no puede ser mas á propósito.

GRIN. Sí, pero vos os olvidais que está cerrado, y que es la señorita quien guarda la llave.

- ROD. Pobrete! todo lo tengo previsto. Toma, ves! esto se llama una ganzúa.
- GRIN. Ah! ya! ya!
- ROD. Me has entendido? (*Le da la ganzúa.*)
- GRIN. No digais más.
- ROD. Vales un tesoro. (*Dándole un golpecito en la mejilla.*)
- GRIN. Dentro de cinco minutos será vuestra.
- ROD. Brabo! Corre, corre, Gringalet.
- GRIN. Vuelvo enseguida. (*Vase.*)

ESCENA IV.

RODIN *solo.*

- ROD. Ah! todo vá bien. Dentro de breves minutos la caja y la medalla serán nuestras!.. Adriana, embriagada en el lujo, entretenida en esta quinta como un ruiseñor en su jaula dorada, nada sospechará. A Santiago se le hará prender por deudas. Las hijas del general Simon detenidas en Alemania. El príncipe D'jalma preso por los ingleses!... Bien, muy bien! todo marcha á las mil maravillas. El porvenir es nuestro.

ESCENA V.

RODIN, D'AGRIGNI *y el* DOCTOR BALEINIER.

- D'AG. Rodin?
- ROD. Señor? (*Encorvándose.*)
- D'AG. Y bien?
- ROD. Nuestra es la caja.
- D'AG. Donde está?
- ROD. Muy pronto la vereis. Gringalet, nuestro confidente, partió en su busca con todos los medios necesarios para poderla traer, medios harto reprobales, pero las circunstancias no permiten otra cosa.
- D'AG. Nada os importa, pues ya sabeis aquello, de que el fin siempre justifica los medios. Y... ved, aquí está el señor doctor, que viene á tomar las notas suficientes para poder en su dia encerrar como loca á la señorita Adriana. Desde donde podrá el Sr. doctor observarlo todo sin ser visto de nadie.

- ROD. Conozco todos los departamentos de esta quinta y desde esta puerta secreta.... (*Toca un resorte á la derecha por donde se abre una puerta secreta.*)
- D'AG. Podeis entrar. (*El doctor saluda y se retira por la puerta secreta.*)

ESCENA VI.

Dichos y GRINGALET con una pequeña caja.

- GRIN. Aquí está la caja.
- ROD. Bien, muy bien. (*Tomándola.*)
- D'AG. Podeis retiraros. (*A Gringalet, vase.*)
- ROD. Veamos, veamos si está todo. Ah, sí. (*Abre la caja.*) Los papeles, la medalla, todo, todo es nuestro.
- D'AG. Mas no conviene que ojos estraños puedan fijar en ello la mirada.
- ROD. Oculto queda en mi bolsillo. (*Lo aguarda.*) Mas, qué teneis? No parece que en vos reine toda la alegría que este hallazgo feliz nos proporciona.
- D'AG. Mi dicha no puede ser tan completa como la vuestra. El recuerdo de mi madre me persigue. De mi madre á la cual he sacrificado en aras de mi deber.
- ROD. Oh! el señor abate olvida que en nuestra órden es preciso reuunciar á las mas caras afecciones. Comprendo lo penoso que muchas veces debe ser cumplir estas leyes, pero en cambio ellas nos dan una influencia y un poder tal que puede conducirnos... digo, conducir al señor abate.....
- D'AG. Sí, no ignoro que este poder es muy grande y me juzgo con mas autoridad que al frente de mi brabo regimiento.
- ROD. No hay regimiento ni ejército que le conceda á un hombre el poder que adquiere al frente de esta milicia negra y muda que piensa y obedece maquinalmente y que á un solo signo se esparce por todos los ambitos del globo. ¡Oh! nosotros hemos domado príncipes, reyes y papas. Hemos absorbido magnificas inteligencias que fuera de nosotros radiaban con demasiado brillo! y apesar de todos los ódios y de todas las proscripciones, nos hemos perpetuado vivos, ricos y temibles!
- D'AG. Oh! sí! sí! nuestro es el poder, nuestro es el mundo!
- ROD. (*Aparte.*) Vuestro es el poder! ja, ja, ja, ahora todo vuestro, pero... paciencia, paciencia!

ESCENA VII

Dichos ADRIANA y GRINGALET.

- ADRI. Oh, mi buen señor D'Agrigni! Pláceme, á fé, vuestra visita, aunque habrá de dispensarme el ilustre abate, pues llega en ocasion en que me veo sumamente ocupada.
- D'AG. No os detengais.
- ADRI. Preparad cordiales.
- GRIN. Bien, señorita.
- ADRI. Cinco ó seis camas, alimentos y cuanto se ofrezca.
- GRIN. Bien. (*Vase.*)
- ADRI. Sentaos, si gustais, pues ya me teneis á vuestras órdenes.
- D'AG. Gracias. (*Se sientan.*)
- ADRI. Decid, en qué puedo serviros?
- D'AG. Vos ya sabeis, señorita, que somos íntimos amigos de vuestra ilustre tia, la señora princesa de Saint-Dizier, y por lo tanto no estrañareis que en su nombre vengamos hoy á haceros una visita; pues ella nos ruega que iluminemos vuestra mente con nuestros consejos.
- ADRI. Muy bien! Ya veo que mi señora tia piensa en mí mucho mas de lo que nunca pude imaginar, y agradezco el interés que todos mostrais en mi favor; aunque, á decir verdad, y hablando con la franqueza que es propia de mi carácter, os diré, que algo malo sospécho de las intenciones de mi tia, y lo sospecho mucho mas, al ver que sois vos quien venís de parte suya.
- D'AG. Señorita!..
- ADRI. Tened la bondad de decir á qué venís, y qué queréis?
- D'AG. Pues bien; vuestra tia nos encarga que os digamos clara y terminantemente, que se halla resuelta á hacer que en todo y por todo, cumplais estrictamente sus órdenes.
- ADRI. ¡Vamos. Esto, bien mirado, es lo que podemos llamar una declaracion de guerra!
- D'AG. Tal vez. Y puesto que tan poco vale á vuestros ojos nuestra amistad, y en tan poco estimais el interés de vuestra tia, en su nombre os digo, que habiendo dado término la paz, desde hoy principia la guerra.
- ADRI. ¡Oh, señor abate, qué bien demostrais la aficion que siempre tuvisteis á la guerra! tanto, que segun tengo entendido, primero peleasteis como buen

francés á favor de la Francia, y luego, sin duda para probar las dotes del enemigo, al frente de los rusos, emprendisteis con el francés á cuchilladas!

D'AG. Oh, esto es ya demasiado!

ROD. (Vamos, vamos, no está mal.) (*Frotándose las manos y con mucha sorna*).

D'AG. Habeis cometido señorita, cuando menos una ligereza, y voy á participaros en breves palabras, todas las quejas que vuestra tia tiene contra vos. Hace nueve meses desde que espiró el luto de vuestro padre, habeis querido ser dueña de vuestras acciones hasta el punto de abandonar el palacio para instalaros en el pabellon del jardin, lejos de la vigilancia de vuestra tia. Desde entonces os habeis entregado á una vida continua de lujo y de caprichos y á una série de gastos á cual mas estravagante. No contenta con dejar de cumplir los deberes religiosos, ha llegado vuestra audacia hasta el punto de profanar el mejor de vuestros salones con yo no sé qué artísticas esculturas, que mas bien que el tocador de una señorita ilustre y cristiana parece un templo erigido al paganismo, todas estas cosas segun dice vuestra tia y los médicos opinan, únicamente son propias de una imaginacion enferma, presa ha mucho tiempo de la mas deplorable locura. Es verdad señorita cuanto dice vuestra tia?

ADRI. El retrato está poco favorecido, pero no enteramente desfigurado.

ROD. Y D'AG. Ah?... (*Mirando hácia la puerta secreta.*) luego esos hechos están ya confesados!

ADRI. Si habeis concluido, tened la bondad de participar á mi señora tia, que si he salido de su casa es porque me era imposible vivir por mas tiempo en un centro de tenebrosa hipocresía y de negras perfidias! En un centro cuya atmósfera iba aniquilando mi cuerpo y emponzoñando mi alma.

D'AG. Reparad... (*Se levantan*).

ROD. Cuidadito, niña, cuidadito...

ADRI. Yo comprendo á Dios y le adoro en su inmensa grandeza. Mi corazon: todos los dias repite esta ferviente súplica «Gracias Dios mio, gracias» la caridad es mi guia, ningun remordimiento turba la tranquilidad de mi conciencia, y libre en un todo, solo á Dios debo dar cuenta de mis acciones.

D'AG. Pero vuestras prodigalidades...

ADRI. Nada importa que yo gaste mi fortuna entera ya que muy pronto he de poseer otra cien veces mayor. (*A Rodin*).

- D'AG. Otra fortuna! lo sabe todo y nos pierde.
ROD. Al contrario, nos salva. Esto puede muy bien aparecer ante los ojos de la justicia, como una verdadera locura. Y quién os ha dicho que debeis poseer tan pronto otras riquezas?
- ADRI. Un ser singular que tal vez no pertenece á este mundo, y en el cual tengo puesta toda mi fé!
ROD. Pobre niña, qué desgracia! no hay duda que ha perdido la razon!
- D'AG. Basta, basta. Salid señor doctor! (*Abrese la puerta secreta y aparece el doctor.*)
ADRI. Qué es esto? Qué significa?...
D'AG. Creo que habeis entendido cuanto ha dicho esta señorita! (*Examina un papel que le da el doctor.*) Perfectamente.
- D'AG. Qué vileza! Hipócritas infames! venís á ejercer el espionaje hasta en mi propio palacio? Venís á tenderme un lazo? Salid, salid de mi casa!
- GRIN. (*Dentro.*) Señorita!.. Señorita!.. (*Adriana sube hácia la galería.*)
ROD. (D'jalma preso en la India! Las hijas del general Simon en Leipzig) Y dentro de dos dias, Adriana de Cardoville!..)
GRIN. Señorita. (*Saliendo.*)
ADRI. Qué sucede?
GRIN. Uno de los náufragos que hemos salvado, quiere á todo trance quitarse la vida!

ESCENA VIII.

Dichos. DAGOBERTO y algunos aldeanos.

- DAG. Dejadme, dejadme! De qué me sirve la existencia sin tener la de mis hijas!
ADRI. Volved en sí buen hombre, os hallais entre amigos.
ROD. (Es un viejo soldado!)
D'AG. (En efecto.)
DAG. Por qué me habeis salvado?.. Perdon, hijas mias!.. Yo luché con la muerte por vosotras, yo os hé visto bajar al fondo del abismo, sin tener el consuelo siquiera de espirar á vuestro lado. (*Dejándose caer abatido y cubriéndose el rostro.*)

ESCENA IX.

Dichos. GRINGALET, á poco ROSA y BLANCA conducidas por GABRIEL.

- GRIN. Señorita, hácia aquí se dirigen dos niñas procedentes del naufragio, á quienes sirve de guía su mismo Salvador.
- ADRI. Dos niñas?
- DAG. Qué decís?
- GRIN. Dos niñas de unos quince á diez y seis años de edad.
- ROD. De quince á diez y seis...
- DAG. Justo. Sí, esa es la edad.
- GRIN. Visten ambas de luto.
- DAG. Proseguid. *(Con afan creciente.)*
- GRIN. Una de ellas lleva una medalla en la mano.
- ROD. Habeis oido? Una medalla!
- DAG. Las mismas!... Ellas son, gran Dios! Será posible!..
- GRIN. Mirad, mirad.
- DAG. Rosa! Blanca! *(Se dirige hácia ellas.)*
- ROSA Y BLANCA. Dagoberto!
- DAG. Hijas de mi alma!
- GAB. Gracias, supremo Dios! *(Desde el foro.)*
- ROD. *(Viven!...)* *(Con rabia.)*
- D'AG. *(Las hijas del general...)*
- ADRI. Venid, venid, hijas mias! Qué hermosas son!
- ROD. Vaya si lo son! *(Con sorna.)*
- ROSA. Vamos, vamos, Dagoberto, no llores mas.
- BLAN. No, no. Ya ves como Dios nos vuelve á reunir. *(Entra el perro buscando, y así que las encuentra las acaricia.)*
- ROSA. Mira, mira el pobre Agua-fiestas, tambien se halla entre nosotras!
- BLAN. Sí, sí: mira como te acaricia.
- ADRI. Mis vestidos, mi ropa, todo, todo.
- ROSA. Oh! Premie el cielo tanta bondad.
- ADRI. Venid, venid á mis brazos. Se han salvado los equipages?
- GRIN. Todos, señorita.
- DAG. Pero á quién somos deudores de tanta felicidad?
- ROSA. Vedle, allí está. *(Por Gabriel.)*
- BLAN. Es el mismo, Gabriell!... El ángel de nuestro sueño!
- DAG. Vos?

- ROD. (Gabriel!)
- D'AG. (El!...)
- DAG. Permitid, señor, que á vuestros pies...
- GAB. No lo consiento.
- DAG. Decidme al menos vuestro nombre.
- GAB. Gabriel.
- DAG. Gabriel? Sacerdote! Misionero quizá?
- GAB. Sí. Y que tiene por única familia á la esposa de un antiguo soldado como vos, cuya santa mujer me recogió en la orfandad cuando de niño me dejaron abandonado.
- DAG. Y esa mujer cómo se llama?
- GAB. Francisca Baudoin, esposa del bravo militar que me otorgó el título de hijo.
- DAG. Sí, sí: es verdad: pero ese soldado tiene otro hijo mas, que se llama...
- GAB. Agricol, mi hermano.
- DAG. Agricol, mi hijo!
- GAB. Luego vos sois...
- DAG. Santiago Baudoin, apellidado Dagoberto; tu...
- GAB. Vuestro hijo Gabriel.
- DAG. Sí, el ángel salvador de mis niñas, las hijas del general Simon.
- Abrázame, abrázame! Pues veo que en tu regimiento tambien puede ser un hombre tan valiente como en el mio!
- GAB. Padre de mi vida! (*Se abrazan.*)
- ADRI. Qué bello!... Qué sublime es este momento!
- DAG. Ven, Gabriel, ya no nos separaremos jamás.
- GAB. Jamás!
- ROD. Hermano Gabriel!...
- GAB. Ah!... vos, señor, aquí? Y vos tambien? (*A D'Ag-grigny.*)
- D'AG. (Silencio!)
- ROD. Disponeos á partir con nosotros!
- GAB. Oh!... Qué decís?... Cuando querais. (*El «Oh! qué decís? con sorpresa, y «Cuando querais» con resignacion al observar la mirada de Rodin.*)
- ROD. (A Paris!) Yo os felicito con toda el alma, hermano mio, por todo lo que habeis hecho en este dia.
- ADRI. Voy á mandar que dispongan cuanto pueda hacer falta en vuestro estado. (*Váse.*)
- GRIN. Aun queda otro náufrago.
- GAB. Ah! Sí; muy fácil de reconocer por su traje. Es un jóven indio que venia á bordo conmigo.
- ROD. Un indio?
- GAB. El príncipe D'jalma.
- ROD. D'jalma habeis pronunciado!...

- D'AG. D'jalma, decís?
GAB. Sí: D'jalma, un jóven lleno de valor y de energía.
D'AG. (Tambien él!..)
ROD. (Todos! Todos! El infierno se conjura hoy contra nosotros.)

ESCENA ULTIMA.

Los mismos y el príncipe D'JALMA, al cual conducen sin sentido, despues ADRIANA y últimamente el JUDIO.

- GRIN. Ya le traen, ya está aquí. (*Colocándole en un divan.*)
BLANCA Y ROSA. Muerto!
GAB. Muerto quizá!
DAG. No, no: siento latir su corazon. Respira.
GAB. Apartaos, dejad que le dé el aire. (*Empieza á respirar.*)
GRIN. La señorita Adriana de Cardoville. (*Levantando el tapiz de la segunda puerta de la derecha que deja paso á Adriana.*)
GAB. Silencio!... silencio por Dios!
ADRI. Ah! Señores... (*Sosteniendo á D'jalma que en este momento trata de incorporarse. Al abrir los ojos se encuentra con la mirada de Adriana que tiene fijos los suyos en él. D'jalma al verla queda como estasiado hasta que vuelve á desmayarse y cae sin sentido en el divan. Adriana queda como atónita al verle. Rodin, que se habia subido un poco, vuelve y le mete la mano en el pecho á D'jalma, como buscando algo con mucho interés. Últimamente aparece el Judío en la galería.*) Qué jóven tan hermoso!
D'JAL. Qué bella es!
JUDIO. Todos salvos están. Gracias, Dios mio!

Fin del acto cuarto.

ACTO QUINTO.

LA MUJER DEL VETERANO.

Habitacion pobremente amueblada.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCA *y á poco* la JOROBADA.

FRAN.^a Todo está á punto para cuando llegue mi buen Agricol. (*Parando la mesa.*) Aquí la cuchara, el tenedor, el vaso de plata en que bebió siempre mi pobre marido, y que fué su regalo de boda. (*Llaman á la puerta.*) Adelante el que sea.

JORO. Soy yo, señora Francisca, que llamo por si quereis que os traiga alguna cosa.

FRAN.^a Ah, eres tu, mi pobre Jorobada, entra, hija, entra; no te he visto en todo el dia, has estado enferma?

JORO. Nada de eso; pero he tenido un trabajo de mucha prisa, y no he querido perder un momento hasta dejarlo concluido. Ahora vengo de traer carbon, y he llamado, por si quereis algo.

FRAN.^a Muchas gracias, hija mia, nada necesito, pero estoy muy inquieta. Creerás que hace seis horas y media que mi hijo no ha vuelto?

JORO. Qué decis, señora Francisca, seis horas y media que marchó y aun no ha vuelto?

FRAN.^a Hija mia, rogando estoy sin cesar al Señor para que le libre de todo mal. El cielo es justo y no querrá darle mas trabajos á la pobre anciana, que hace tantos años que perdió á su esposo.

JORO. Vuestro esposo volverá, cuando menos lo penseis.

- FRAN.^a Despues de diez y ocho años!..
- JORO. El volverá, y Agricol tambien. (Pero Agricol no viene!) Confiad en Dios: él ve todos vuestros sacrificios, y no permitirá que os suceda nada malo.
- FRAN.^a Tu lo crees así, porque eres buena, á pesar de haber vivido siempre con tu hermana, que como sabes...
- JORO. Mi hermana, á quien todos llaman la reina Bacanal; mas no la acuseis, señora Francisca, ella era buena, tan buena como yo, pero el valor la faltó y no pudo acostumbrarse á trabajar diariamente quince horas que solo le producian quince sueldos.
- FRAN.^a Sin embargo, tu tienes virtud para soportar esa vida de privaciones.
- JORO. Sí, mas Cefisa es hermosa y debe perdonársele el deseo de gozar los placeres propios de su edad, mientras que á mí, señora Francisca, bien sabeis que todos me llaman la jorobada.
- FRAN.^a Desgraciada niña!

ESCENA II.

Las mismas y AGRICOL.

- AGRI. Buenas tardes, madre mia, perdonad si os he hecho esperar demasiado.
- FRAN.^a Perdonarte!
- AGRI. Hola, aquí está mi buena amiga la jorobadita! (*Abrazándola.*)
- JORO. Agricol!..
- FRAN.^a Siéntate á la mesa y nosotras te serviremos.
- JORO. Ah, Dios mio! qué bella flor es esa que llevas en la mano?
- FRAN.^a Es verdad!
- AGRI. Yo os lo diré como tambien la causa de mi tardanza. Es el caso que me encontraba en la esquina de la calle de Babilonia, cuando llegó á mis oidos un ladrido dulce y lastimero; volví la cabeza y vi la perrita mas hermosa que os podeis imaginar. Redonda como mi puño, negra y de color de fuego, el pobre animalito iba perdido. La cogí en brazos y ví que llevaba un pequeño collar de oro con una placa en la que se leia: «Lutina, pertenece á la señorita Adriana de Cardoville, calle de Babilonia, número siete:» inmediatamente busco la casa y me recibe una camarera la que reconociendo á Lutina,

me condujo á la presencia de su ama que es una jóven de una hermosura sin igual.

JORO. Ah! (*Con dolor.*)

AGRI. Admirado estaba contemplando su belleza, cuando oí que la señorita de Cardoville, me dijo estas palabras: «Sin duda el hallazgo de Lutina, os habrá causado alguna molestia; permitidme, pues, recompensarla»: y diciendo esto me ofreció un bolsillo.

FRAN.^a Un bolsillo?

JORO. A tí? cuan equivocada estaba!

AGRI. Espera antes de juzgarla. Conociendo que me habia ofendido, la jóven tomó de un magnífico jarro de porcelana esta hermosa flor, y presentándomela, con un acento lleno de gracia y de bondad, me dijo: «Al menos aceptareis esta flor,» y en sus bellos ojos parecia pedirme perdon de la ofensa. Ya veis que es imposible reparar un error con mas talento.

JORO. Es verdad!

FRAN.^a Oh! esa señorita conoció bien á mi Agricol.

AGRI. Además al despedirme añadió estas palabras: «En cualquier circunstancia que pueda seros útil, acordaos del nombre de Adriana de Cardoville.» Con que ya sabeis la historia. Pero dónde colocaré esta flor?

JORO. Sí, esa flor que debe serte tan preciosa.

AGRI. Toma, jorobadita, yo te la regalo.

JORO. Me la regalas? (*Con emocion.*)

AGRI. Sí.

JORO. Esta flor que te ha dado esa jóven tan rica y tan hermosa, tú me la regalas?

AGRI. Y que diablos quieres que haga con ella? que la coloque sobre mi corazon? que la desoje? Confieso que la recibí con alegría pero me considero mas feliz ofreciéndotela á tí, ya que te gusta tanto. (*La jorobada toma la flor besándola ocultamente repetidas veces.*)

FRAN.^a Vamos, vamos á cenar.

AGRI. Cuándo querrá el cielo permitirnos la dicha de tener en la mesa á mi querido padre!..

FRAN.^a Dios quiera que pronto le volvamos á ver, como asimismo á nuestro pobre Gabriel.

AGRI. Oh! Entonces seria nuestra dicha completa.

ESCENA III.

Dichos y LORIoT á la puerta.

- LOR. Agricol?
AGRI. Entrad, amigo Lorient.
LOR. Dispensadme; pero tengo que hablaros de un asunto reservado, y quisiera que me hicieseis el favor de venir.
FRAN.^a Corre, hijo, corre á ver lo que quiere el señor Lorient.
AGRI. Cuando gustéis. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

FRANCISCA, la JOROBADA y á poco AGRICOL.

- † JORO. Que teudrá que decirle?
FRAN.^a No lo sé; pero noto cierta inquietud...
JORO. Os alarmais sin motivo, ya creo que vuelve.
FRAN.^a Y bien, hijo mio.
JORO. Gran Dios!.. que pálido estás!
AGRI. Oh, no, no es nada.
JORO. Lloras?
FRAN.^a Tú llorando!
AGRI. Madre mia, madre mia; prometedme no alteraros. Nada malo nos sucede, por el contrario; oh, si supierais!..
FRAN.^a Y bien: por qué lloras?
JORO. Agricol!..
AGRI. Ah! no, no tengais miedo; estas lágrimas son de placer: pero sed razonable, pues ya sabeis que la alegría, siendo escesiva, mata lo mismo que el pesar.
FRAN.^a Expícate.
JORO. Habla, por Dios..
AGRI. Pues bien: (*Haciendo esfuerzos para hablar.*) lo que tengo... que deciros... es... que acaba de llegar...
FRAN.^a Quién?... quién?..
AGRI. Madre, madre!.. Estas lágrimas no os dicen que al cabo de tantos años ha vuelto...

- FRAN.^a Pero quién?... (*Creuyendo adivinar.*)
 AGRI. No lo adivinas?
 FRAN.^a Tu padre?
 AGRI. Sí, madre querida.
 FRAN.^a Ah! Dios de bondad! (*Cae casi desfallecida.*)
 JORO. Valor, valor!
 FRAN.^a Mas cuando... como... dónde está?...
 AGRI. Tal vez... no lejos... (*Balbuciente.*) de aquí... quizá de un momento á otro le vereis...
 FRAN.^a Qué dices?
 AGRI. Digo que puede llegar mañana... hoy... dentro de un rato... tal vez... ahora mismo...
 FRAN.^a Ahora mismo?
 AGRI. Sí, sí, madre querida! Mi padre temia daros una sorpresa, y
 FRAN.^a Mirad, mirad!... (*Abre la puerta y aparece Dagoberto en medio de Rosa y Blanca.*)

ESCENA V.

Dichos: DAGOBERTO, ROSA Y BLANCA.

- FRAN.^a Ah! (*Dirigiéndose con los brazos abiertos á Dagoberto. Despues cae de rodillas.*) Gracias gracias, Dios mio!
 JORO. Diez y ocho años!..
 DAG. Si: diez y ocho años!.. (*Se enjuga las lágrimas.*) de cruel suplicio! Hijas mias, esta es mi buena y digna esposa, ella será para las hijas del general Simon una segunda madre.
 FRAN.^a Pobres niñas! parecen dos ángeles! (*Abrazando á Agricol.*)
 DAG. Ahora á tí.
 AGRI. Padre querido.
 DAG. Qué buen mozo es!
 JORO. Gracias Dios mio, por ellos! Me retiro: en estos momentos mi presencia no debe interrumpir la felicidad de esta familia. (*Váse.*)
 DAG. Pobre Francisca! Tú no te esperabas tan grata sorpresa!
 FRAN.^a Lo que siento es no poder hospedar á las hijas de tu general como seria mi deseo?

ESCENA VI.

Los mismos: RODIN y GABRIEL.

- AGRI. Sr. Rodin!..
DAG. Rodin? (*Disgustado.*)
FRAN.^a Mi buen Gabriel!
ROSA. Nuestro ángel Custodio.
BLAN. Nuestro salvador!
FRAN.^a Tú, de vuelta también?... Vamos, hoy es el día más feliz de mi vida.
GAB. Madre, amigos míos!..
ROD. Me complace en poder proporcionar un momento tan dichoso, señora Francisca.
DAG. Cómo? Vos!.. (Qué pájaro es este?)
FRAN. Esposo mío, qué dices? el Sr. Rodin es mi confesor.
DAG. Tu confesor?
ROD. Me han dado el encargo de acompañar al hermano Gabriel á casa de nuestro superior. Necesito hablar con vos. (*A Francisca.*)
AGRI. Hermano mío, después de tan larga ausencia tendrás mucho que contarme.
DAG. Sí, él os contará de qué manera salvó á estas niñas del abismo del mar. Parece imposible que con esa cara angelical abrigue en su pecho un corazón de Leon.
GAB. Si permitís... (*Con humildad á Rodin.*)
ROD. Oh! podeis hablar cuanto querais; entregaos á la dulce expansión; no os ocupeis de mí! yo aquí solo, retirado, haré mi exámen de conciencia. (*Se retira á un extremo donde se sienta. Después saca un breviario y se pone á leer.*)
DAG. Como gustéis.
ROD. (Nada aun; esperemos, ya vendrá!)
FRAN.^a Gran Dios! que es esto? que tienes en la frente? (*Reparándole una cicatriz.*)
DAG. En efecto, es una cicatriz!
AGRI. Y en las manos también, padre mío!
GAB. No os alarmeis.
En una de mis misiones á los salvajes de las montañas Riquesas fui preso y herido por ellos.
DAG. Herido!
GAB. Sí y cuando iba á ser crucificado, un ser extraño, sobrenatural, ó mejor dicho, la providencia me

arrebató de entre sus manos.

DAG. Pero tus compañeros....

GAB. Me hallaba solo.

DAG. Solo, sin armas y entre aquellas gentes!

FRAN. Pobre hijo mio!

D'AG. Oh, en verdad que esto es sublime!

DAG. Sublime, sí, voto á mil rayos! Si fuesen como tú todos los de tu ejército.... (*Dirige una mirada á Rodin. Llaman.*)

FRAN. Han llamado?

LOR. (*Saliendo.*) Soy yo que vengo á traeros esta carta que me han dado para vos. (*A Dagoberto, váse.*)

DAG. Una carta...?

ROD. (*Gracias á Dios.*)

DAG. Qué puede ser?

FRAN. Léela.

DAG. Toma muchacho tu la leerás mejor.

D'AG. Señora Baudoin: Acabo de saber que vuestro marido es el encargado por el general Simon de un asunto de la mayor importancia. Así que vuestro esposo llegue á París, tened la bondad de suplicarle, que sin pérdida de tiempo se presente en mi despacho, pues estoy encargado para entregar en sus propias manos, algunos pliegos concernientes al asunto del general Simon. Durant, Notario, en París, Arrabal de San Antonio, 69.

ROD. (*Todo vá bien, todo vá bien.*)

DAG. Es singular! (*Toma la carta.*) Quien ha podido enterar á ese señor.... Recuerdo, sí, que entre los papeles que me robaron en Leipzik, habia una carta para un notario, pero no se llamaba Durant... No importa, se trata del general y de sus hijas, y debo partir al momento.

BLAN. Con nosotras?

DAG. No, os hallais muy fatigadas, y es preciso que os entregueis al descanso.

ROD. (*Bien, bien.*)

ROSA. Volverás pronto?

DAG. En cuanto despache, Agricol. Gabriel, venid conmigo.

ESCENA VII.

ROSA, BLANCA, FRANCISCA y RODIN.

ROD. Ahora, mi querida señora Francisca, haced que se

retiren estas dos jóvenes, pues quizá dentro de poco pueda darles una grata noticia.

BLAN.

Una noticia!

ROD.

Que os llenará de gozo, si los informes que voy á pedir á la señora Francisca, son tal como los desea mi corazón.

ROSA.

Pero, señor, decidnos.....

ROD.

Paciencia, paciencia por un momento señoritas.
(*Acompañándolas hasta la puerta derecha.*)

ESCENA VIII.

RODIN y FRANCISCA.

FRAN.^a

Padre mio, hablais de una grata noticia?..

ROD.

Silencio, á mí es á quien toca interrogaros. Señora debiais haber comprendido que esas dos jóvenes que desde tan lejos acaban de llegar con vuestro marido, han sido educadas en la ignorancia mas completa, tocante á los misterios de nuestra religion.

FRAN.^a

Será posible! ellas no practican?

ROD.

No, y además han perdido á su madre, su padre se halla ausente, y ahora vos, vuestro esposo y vuestro hijo sois su única familia.

FRAN.^a

Su única familia?.. es cierto.

ROD.

Pues bien, no comprendéis que sobre vos recae toda la responsabilidad; olvidais que solo á vuestro cargo corre la salvacion de sus almas! tened en cuenta que la mas leve falta de esas niñas, seria castigada en vos, en vuestro esposo y en vuestro hijo, en fin, que podeis ser condenada, y con vos todos los otros por culpa vuestra!..

FRAN.^a

Gran Dios! vos me iluminareis, que debo hacer?

ROD.

Es indispensable colocar á esas niñas en una casa de religion: nosotros la salvaremos, pero con las siguientes condiciones.

FRAN.^a

Decidlas padre mio, seguro de que por mí serán aceptados.

ROD.

Es preciso que ahora mismo sean conducidas por mí á un convento.

FRAN.^a

Ahora mismo? eso es imposible.

ROD.

Imposible? y por qué?

FRAN.^a

No debo antes consultarlo con mi marido?

ROD.

Con él? con un hombre endurecido por el pecado?

al contrario! él debe ignorar el asunto de que se trata.

- FRAN.^a Disponer de ellas sin su consentimiento!...
- ROD. Necesitaríais acaso de él, para arrancarlas de un incendio en que pudieran ser devoradas? pues bien, si no es de un incendio que va á devorar su cuerpo, se trata de un incendio que devorará sus almas por toda una eternidad!
- FRAN.^a Señor, y puedo yo obrar así cuando delante de Dios he jurado obediencia á mi marido?
- ROD. Obediencia para el bien, pero nunca para el mal.
- FRAN.^a Bien, señor, cúmplase la voluntad del cielo; pues así lo ordenais, yo se lo ocultaré todo á Dagoberto.
- ROD. Todo, acordaos bien, ni una palabra. Venid, venid, hijas mias.

ESCENA IX.

Los mismos, ROSA y BLANCA.

- ROSA. Qué nos queréis?
- ROD. Hijas dichosas del generan Simon, seguidme, vais á abrazar á vuestro padre.
- ROSA y BLANCA. A nuestro padre?
- FRAN. Cómo! vos no me habeis dicho...
- ROD.. (Silencio!) Si todos los informes que me ha dado la señora Francisca son exactos: el general, á quien creíamos muerto, acaba de volver.
- ROSA. Conducidnos, conducidnos á verle, señor.
- BLAN. Al instante.
- ROD. Venid, venid y le vereis... (Al fin!) (*Se dispone á marchar.*)
- FRAN. Deteneos. (*Vacilando.*)
- ROD. Detener? (Y por qué? Vuestro silencio es la salud de todos; con una sola palabra los perdeis eternamente.)
- FRAN. (Ah! callaré, padre mio, callaré.) (*Vánse.*)
- ROD. (Todo va bien, todo va bien!)

ESCENA X.

FRANCISCA y á poco DAGOBERTO.

- FRAN.^a Oh! Dios mio! Dios mio! Cuán terrible será la có-

- lera de mi marido! Cuán grande no será su dolor al saber que no están aquí las hijas del general. Dadme, Dios mio, dadme fuerza y resignacion para soportar esta prueba tan terrible. Suben! Es él!
- DAG. Francisca?
- FRAN.^a Amigo mio, qué asunto era el del notario?
- DAG. Inútilmente me han hecho esperar una hora; no he podido verle. Y las niñas? Dónde están que no las veo?
- FRAN.^a Las... niñas?...
- DAG. Sí: Rosa y Blanca dónde están? Responde!
- FRAN.^a Yo... Dagoberto...
- DAG. Hablarás al fin?
- FRAN.^a Es que...
- DAG. Qué hay? Estás pálida; qué sucede? Qué te pasa? (*La toma una mano.*) Lloras? Vamos, será tal vez que te he hablado con demasiada rudeza; perdóname, no es culpa mia. Su madre al morir me las recomendó, y así es que cuando no las veo cerca de mí, temo siempre una desgracia. Con que dime, á dónde están?
- FRAN.^a Que... dónde están?
- DAG. Sí.
- FRAN.^a Yo... no lo sé.
- DAG. Cómo?... Qué... que no lo sabes? Qué es esto?... Qué significa?... Responde ya. Callas? Oh! Tú harás que me vuelva loco. Tú harás que mi paciencia se agote.
- FRAN.^a Haz de mí lo que quieras; mas no me preguntes dónde están las hijas del general: nada puedo responder. (*Dagoberto queda petrificado. De repente coge con ambas manos á su mujer, y la sacude con violencia.*) Mis hijas! Mis hijas!
- FRAN.^a Perdon... Perdon... (*Caer de rodillas.*)
- DAG. Que te perdone y te niegas á responder? Dónde están? Nada, Dios mio!... Yo no puedo resistir este golpe cruel!...
- FRAN.^a Eterno Dios, dame valor!
- DAG. Habla! Oh! Callas? Pues bien... desgraciada!.. (*Levantando una silla en ademan de pegarle á su mujer.*)
- FRAN.^a Ah!... (*Con resignacion y arrodillándose.*)
- DAG. Pero Dios mio! es imposible que yo mate á esta mujer! (*Dagoberto despues de dar algunos pasos por la escena, coje una silla y la coloca junto á Francisca á la que levanta con frialdad indicándole que se siente.*) Siéntate. Escucha, Francisca, crees tú que esas niñas me las ha confiado su madre, y las he arrancado yo del fondo de la Siberia, para que tú me digas ahora: «En vano me preguntas, no sé

dónde están.» Sabes lo que yo he sufrido por ellas? Unicamente el deseo de asegurar su porvenir y recobrar su fortuna, me han dado fuerzas para arros-
trar los mil peligros que á cada paso se presenta-
ban en nuestro camino. Y ahora, cuando creí ver-
las ya en el puerto de salvacion, cuando esperaba
volverlas su rango y su nombre, quiéres tú que yo
me cruce de brazos y no averigüe á todo trance su
paradero? Oh! en ese caso yo seria á tus ojos y á los
de todo el mundo el sér mas vil y despreciable de
la tierra, y antes que serlo, con mis propias manos
me arrancaré la vida!

FRAN.^a Ah! Tú morir! Yo no quiero que tú mueras!

DAG. Habla, pues, habla!

FRAN.^a Mi conciencia me lo prohíbe! He jurado no decir
una palabra: no es mi deber cumplir este jura-
mento?

ESCENA XI.

Dichos y GABRIEL.

GAB. No, madre mia, no es ese vuestro deber.

Los dos. Gabriel!

GAB. Dios no manda convertir por la fuerza. Dios no quie-
re tortura en los corazones que se ofrecen á él. Yo
tambien soy ministro del altar, y os digo: «madre
mia, que al obrar como lo haceis, estais cometien-
do ante Dios y ante los hombres, una falta grande.»

FRAN.^a Gabriel, hijo mio, reflexiona tus palabras.

GAB. Oh! Sí: todo lo adivino, yo comprendo que han abu-
sado de la santidad de vuestra fé, de vuestro fervor.

FRAN.^a (Calla, calla: ha sido el padre Rodin.)

GAB. (El!.. Siempre él!) descuidad padre mio, pronto lo
vamos á saber. Ella hablará, ella dirá...

FRAN.^a Jamás.

DAG. Oh!.. (*Desesperado.*)

GAB. Pues bien: mi conciencia no me permite callar por
mas tiempo.

FRAN.^a Gabriel!

GAB. Sabedlo, padre mio; el abate Rodin, el confesor de
vuestra esposa, ha sido el que en ausencia vuestra
ha sustraído á las hijas del general Simon.

DAG. Qué dices?

GAB. Sí, sí.

FRAN.^a Oh, qué has hecho!

- GAB. Corramos en su busca.
FRAN.^a Hijo!...
GAB. Yo prometo encontrarle, y encontrarlas, aunque para ello me fuese preciso arrostrar las iras de los infames, que con tan viles propósitos os han engañado. Seguidme.
FRAN.^a Hijo!..
GAB. Madre, ministro del Altísimo, solo cumple á mi deber caminar por la senda que marca el Evangelio.
DAG. Ese es tu deber.
FRAN.^a Oid!..
GAB. Solo escucho la voz de la conciencia.
FRAN.^a Dios poderoso!
DAG. Vamos Gabriel, vamos.
GAB. El cielo nos proteja!
DAG. Dios nos asista!

Fin del acto quinto.

ACTO SEXTO (1).

LA REINA BACANAL.

Plaza del Chatelet. A la izquierda un restaurant. Al fondo una fuente. Al levantarse el telon aparecen varios máscaras.

ESCENA PRIMERA.

GRINGALET, FLORINDA, MÁSCARAS.

MÁSCARA 1.º Calle, Florinda!

MÁSCARA 2.º Y el señor Gringalet!

FLOR. Sí, yo que he hecho una escapatoria, y me he venido para bailar con vosotros.

GRIN. Y conmigo.

FLOR. Pero, y Cefisa, dónde está?

GRIN. Sí, dónde está la reina Bacanal? mi reina!

FLOR. Cómo tu reina, bribon! (*Dándole un pellizco.*)

GRIN. No temas, prenda mia. Ya sabes que te prefiero á todas las reinas del mundo!

MÁSCARA 1.º Preguntabais por la reina Bacanal! Mirad, aquí viene rodeada de su corte. (*Aparecen varios máscaras. Algunos montados á caballo, precediendo á un carruaje en el cual van Cefisa y Duerme en cueros rodeados de una multitud que los aclama.*)

(1) A juicio del director de escena, queda el que se suprima ó se represente este cuadro, pues si bien no es de absoluta necesidad para el argumento de la obra, ofrece mucho efecto si se presenta la mascarada con todo el lujo, variedad y animacion posible.

ESCENA II.

Dichos, CEFISA, DUERME EN CUEROS y despues la JOROBADA.

GRIN. Viva la reina Bacanal!

TODOS. Viva!

GRIN. La escalera para la reina! *(Se colocan á la puerta del carruaje varios máscaras doblando una rodilla sobre la que se apoya Cefisa para bajar.)*

GRIN. Viva la reina Bacanal!

TODOS. A bailar! á bailar! *(Gran can-can egecutado por varias parejas.)*

(Despues del baile.)

CEF. Amigos mios, agradezco altamente el homenaje rendido á mi real persona.

SANT. Sí, pero sabed que un municipal queria meter en chirona á mi real consorte, porque su traje le pareció demasiado fresco para la estacion que atravesamos.

TODOS. Já, já, já! Viva el Carnaval! ¡Viva el placer! *(Oyese dentro un gran rumor. La Jorobada entra pálida y perseguida por varios máscaras.)*

JORO. Dejadme! dejadme!

MÁSCARA 1.^o Eh! eh! la Jorobada! la Jorobada!

JORO. Socorro! Favor!

CEF. Gran Dios! Mi hermana!

SANT. Tu hermana!

GRIN. Eh! niña! dónde has encontrado ese promontorio.

JORO. Ah! *(Gringalet se aproxima á la Jorobada.)*

SANT. El primero de vosotros que la ofenda, se las verá conmigo. *(Dándole un empujon á Gringalet y tomando á la Jorobada en sus brazos.)* Riamos, bailemos, burlémonos de todo el mundo si que-reis, pero respetemos á los que sufren.

CEF. Además, sabed que es mi hermana.

TODOS. Su hermana!

JORO. Cefisa, gracias! gracias por haber venido en mi socorro!

CEF. Pobre hermana mia! tiemblas, tienes frio?

JORO. No. El frio no me hace temblar; es el miedo.

CEF. Ven coamigo; entraremos en esa fonda.

JORO. No: ahí dentro, jamás!

- CEF. (*A Santiago.*) Procura arreglártelo para que yo quede sola con mi hermana.
- SANT. (*Al momento.*) Adelante, amigos míos; el que quiera champagne que me siga.
- TODOS. Al champagne! al champagne! (*Duerme en cueros, seguido de los máscaras entra en el restaurant.*)

ESCENA III.

CEFISA y la JOROBADA.

- JORO. Creí que iba á morir de vergüenza!
- CEF. Pobre hermana mía! verte yo tan pálida! cubierta con esos harapos! oh! perdóname! perdóname!
- JORO. Perdonarte? Por qué?
- CEF. Yo soy quien debe avergonzarse al verme vestida de oropel y gastando tanto dinero locamente, cuando tu pereces tal vez en la miseria! Pero nunca te he visto tan triste y tan fatigada!
- JORO. Qué quieres! he pasado toda la noche trabajando. Pero no hablemos de mí. Cefisa, eres feliz?
- CEF. Sí, muy feliz, porque yo me río, canto, y la alegría me rodea. Pero quizá llegue un día que el dinero nos falte, ó Santiago me abandone, y entonces no sé qué será de mí.
- JORO. Oh! no digas eso.
- CEF. Tienes razón. Alejemos tan tristes pensamientos. Ahora Santiago es rico, y si no temiera ofenderte, quisiera que aceptases algun socorro. Yo te lo ruego: acéptalo.
- JORO. Dinero de tu amante!...
- CEF. Oh! es verdad! Hay posiciones tan humillantes, que manchan hasta las buenas acciones que una quisiera hacer.
- JORO. Cefisa, no es que yo te desprecie!
- CEF. Sí, sí, ya lo sé. (*Voces dentro del restaurant.*)
- VOCES. La reina Bacanal! la reina Bacanal!

ESCENA IV.

Dichas y SANTIAGO.

- SANT. Cefisa, los amigos te esperan. Ah! perdona! Todavía está aquí tu hermana? Señorita, cómo sigue

- mi antiguo camarada Agricol? Desde que hago el papel de millonario, no he tenido el gusto de verle, á pesar de que siempre le quiero lo mismo.
- JORO. Ay! señor! muchas desgracias han sufrido él y su familia! Agricol está preso.
- CEF. Preso!
- SANT. Y por qué causa!
- JORO. Un delito político! Esperábamos ponerle en libertad bajo fianza...
- SANT. Sí, ya conozco esa ley. Mediante la suma de quinientos francos...
- JORO. Desgraciadamente ha sido imposible reunirlos, pues la persona en quien se confiaba...
- CEF. (*A Santiago aparte.*) Santiago, lo oyes? Agricol está preso, porque no tiene quinientos francos.
- SANT. Te comprendo!
- CEF. Preso él, que mantenía á su madre!
- SANT. Señorita, dignaos aceptar mi bolsillo.
- JORO. Pero, señor!...
- SANT. Si fuera para vos, podiais rehusar con razon; pero siendo para él... tomad... es el resto de mi fortuna... Mas nada importa! Yo he de heredar mañana, y el gasto de esta noche ya está pagado.
- CEF. Santiago, abrázame!
- SANT. No una, sino mil veces.
- JORO. Señor, sois generoso y bueno, y el padre de Agricol, tendrá al menos este consuelo, en medio de sus muchos infortunios.
- SANT. Vamos, reina mia, nuestros súbditos nos llaman. Adios, señorita.
- JORO. Vuelve á la fiesta, Cefisa! Diviértete, y estate segura de que el señor Santiago ha hecho dichosa á una familia.
- CEF. Adios, hermana mia! (*Entrando.*)
- JORO. Adios, Cefisa: al menos tú, sé feliz. (*Váse por la derecha.*)
- (*Voces dentro.*) Viva la Bacanal!

ESCENA V.

RODIN *por el fondo, acompañado de dos hombres que observan cuanto pasa.*

- ROD. Id, ya sabeis vuestra obligacion. (*Entran los hombres en el restaurant.*) Todo va bien. Solo queda uno, y ese, ahora mismo caerá en nuestro poder.

Esta tarde debe entregarse ese inmenso tesoro á los herederos, y esta tarde, solo nuestro Gabriel se presentará.

ESCENA VI.

RODIN, SANTIAGO, CEFISA y Agentes.

- CEF. No, no quiero que se lo lleven.
- SANT. Cefisa! (*Rodin haciendo una seña á los agentes desaparece.*)
- CEF. Ya os he dicho que primero me matareis que arrancarme de su lado.
- SANT. Valor, Cefisa! Estos hombres cumplen con su deber. Porque yo no puedo pagar, y es preciso que vaya á la cárcel.
- CEF. Pero ese acreedor que te habia prometido...
- SANT. Sí, darme un plazo mas. Pero me ha engañado, y ahora no tengo mas remedio que pasar cinco años en la cárcel.
- CEF. Cinco años! Y no poder hacer nada por tí! (*Llorando.*)
- HOMBRE 1.º Marchamos?
- SANT. Concededme un momento. (*El agente se separa.*)
Cefisa, solo pienso una cosa! Qué va á ser de tí?
- CEF. No te ocupes de eso. Yo venderé mis alhajas, mis vestidos; te daré la mitad del dinero, y con el resto podré vivir algun tiempo.
- SANT. Y despues?
- CEF. Despues... Dios mio, yo no sé qué contestarte!
- SANT. Cefisa, hasta ahora yo no sabia cuánto te amaba! El corazon se me oprime á la idea de nuestra separacion. Hé aquí las consecuencias de no haber pensado nunca en el mañana. Cuando tú hayas gastado el último céntimo de lo poco que ahora puedas reunir, sabes lo que harás? Olvidarme, mientras otro hombre tal vez ocupe mi lugar! Rayo de Dios! Si llegase ese caso, me abriria la cabeza contra los hierros de mi cárcel!
- CEF. Yo otro amante, nunca!
- SANT. Y qué harás para vivir?
- CEF. Tendré valor: viviré en compañía de mi hermana, y trabajaré dia y noche con ella. Solo saldré para verte. Sí, yo me acostumbraré al trabajo. Y cuando al fin seas puesto en libertad, nosotros viviremos pobres, pero tranquilos.

- SANT. Sí, Cefisa mia, abrázame. Tú vuelves á mi alma la tranquilidad perdida y me prestas valor para afrontar esta inesperada desgracia.
- HOMB. Vaya, seguidnos.
- SANT. Cefisa, acuérdate de mí!
- CEF. Primero la muerte que olvidarte!

ESCENA ULTIMA.

Dichos, FLORINDA, GRINGALET y máscaras por el restaurant.

- FLOR. Quereis desesperarnos? Así abandonais á vuestros amigos y el Champagne?
- CEF. Oh! dejadnos! Vosotros no sabeis...
- SANT. Calla! No turbemos su alegría. Amigos míos, me veo precisado á abandonaros!
- TODOS. Nos dejas?
- SANT. Sí; pero pronto nos veremos.
- CEF. Adios. (*Despues de abrazarla, Santiago se aleja seguido de los agentes.*)
- GRIN. Hasta mas ver!
- CEF. Oh! Dios mio! Si no he de volverle á ver, matadme en este mismo instante.
- FLOR. Pero continúa la fiesta?
- GRIN. Sí, si. Viva la reina Bacanal. (*Rodeándola y entrando todos en el restaurant.*)

Fin del acto sexto.

ACTO SÉPTIMO.

EL TESTAMENTO.

Gran salon. En el centro una mesa cubierta con un tapete carmesí. En el fondo una puerta grande, sobre la que se verá un retrato representando al Judío conforme se le ha visto aparecer en el prólogo. A la izquierda otra puerta secreta. A la derecha un mueble ó secreter de ébano. Al levantarse el telon óyense dar fuertes golpes contra la puerta de la izquierda y el ruido de los escombros que caen, suponiendo que la puerta estaba tapiada. Al abrirse aquella, réchinan sus goznes, produciendo un sonido áspero.

ESCENA PRIMERA.

D'AGRIGNI y RODIN precedidos por SAMUEL.

- SAM. Entrad, señores, aquí es. (*Samuel saca escribanía y papel y lo deja sobre la mesa.*)
- D'AG. Este salon es el único de la casa en donde nadie ha penetrado hace ciento cincuenta años?
- SAM. En efecto, señor.
- D'AG. Sobre esa mesa veo un papel.
- SAM. Sin duda fué colocado el mismo dia que se tapió esa puerta.
- D'AG. (*A Rodin que ha cogido el papel.*) Leed!
- ROD. (*Leyendo.*) En esta sala de mi casa de la calle de San Francisco, será abierto mi testamento. Los otros departamentos permanecerán cerrados hasta despues de hecha la lectura de mi última voluntad.
- D'AG. De quién es ese retrato?
- SAM. Mi padre supo por su padre que en esta sala se encontraba el protector de la familia Renepont, y sin duda fué ese.

- D'AG. Estraña figura! Es á vos á quien de padres á hijos ha sido trasmitada la custodia de esta enorme herencia?
- SAM. A mí, señor.
- D'AG. Es hoy, trece de Febrero, á las cinco de la tarde, cuando debe hacerse entrega de ella á los herederos vivientes del conde de Renepont?
- ROD. Hoy!
- D'AG. Qué hora es, señor Rodin?
- ROD. Las cuatro y... (*Oyese dar á un reloj la media.*) no deciais que nunca habia penetrado aqui nadie?
- SAM. (*Con asombro mezclado de espanto.*) Vos mismo habeis visto derribar el tabique que cerraba esa puerta.
- ROD. Es estraño! (*Oyese llamar fuera.*) Qué ruido es ese?
- SAM. Alguien que llama.
- D'AG. Será el notario ó un jóven sacerdote llamado Gabriel. Introducidlos al momento. (*Váse Samuel.*)
- ROD. Os late el corazon, señor abate?
- D'AG. Gabriel solo heredará: solo Gabriel forma parte de nuestra orden, y en esta nadie puede poseer nada sin que pertenezca á la orden entera.
- ROD. Nada podemos temer: los herederos no pueden presentarse: Adriana de Cardoville continúa en su encierro. Las hijas del general Simon en el convento.
- D'AG. O quizá en el hospital de la calle de Mont-Blan.
- ROD. En el hospital de la calle de Mont-Blan? Ah!... el cólera; esa horrible enfermedad que está diezmando nuestros pueblos, tal vez os ha parecido un ausiliar poderoso.

ESCENA II.

Dichos y SAMUEL seguido de GABRIEL.

- SAM. Entrad, señor.
- D'AG. Venid, hijo mio! Por fin llegamos al término de nuestras fatigas.
- GAB. No os comprendo, señor. Acabo de dejar á mi madre adoptiva, y si vengo á esta casa, no es por los grandes intereses que, segun se dice, nos llaman á ella, sino para lograr el objeto que hace algun tiempo deseo con afan.
- ROD. (*No me gusta esto.*)

D'AG. Hablad, mi querido hijo!

GAB. He resuelto separarme de vuestra órden. No quiero pertenecer mas á ella.

ROD. Separaros?

D'AG. Pero quién ha podido haceros tomar tal resolucion.

GAB. Dios, que no ha permitido que mi corazon se estraviase al propio tiempo que vos estraviavais mi razon! Mi conciencia que al fin se ha revelado contra las máximas de una órden que no dice: «Amaos los unos á los otros! si no, desconfiad los unos de los otros.» De esa órden en la que el espionaje es un deber y la delacion una virtud. De esa órden cuyos estatutos justifican la calumnia, escusan el perjurio, y hasta perdonan al regicida!

ROD. Basta, Gabriel, basta!

D'AG. Qué estás diciendo, hijo mio?

GAB. Yo, sacerdote de un Dios de caridad, de amor y de perdon, no puedo, no quiero pertenecer á esa compañía que tales doctrinas profesa, y he hecho á Dios el juramento de romper los lazos que me unen á ella.

D'AG. (Todo está perdido!)

ROD. (No, todavía no...) Gabriel, dad las gracias al señor abate, y bendecid la solicitud de los hombres de quienes tan injustamente renegais. Hace tiempo que el señor D'Aigrigny habia leído en vuestro corazon; y esta libertad que deseais ahora, fué solicitada y obtenida. Quedais, pues, relevado de todos vuestros votos, por la corte de Roma.

GAB. Es posible?

D'AG. (Péro qué decis?)

ROD. Los poderes que habeis recibido en blanco, los teneis ahí, señor D'Aigrigny?

D'AG. (Pero estos eran...)

ROD. Para nuestro querido Gabriel, ya me lo dijisteis, y vais á poner en ellos su nombre. Nosotros, pobres viejos, solo tenemos un sentimiento, y es que nuestro hijo haya elegido, para abandonarnos, precisamente el dia en que ha de adquirir bienes de este mundo. Una herencia! dinero, que debia pertenecer á nuestros hermanos; es decir, á todos los desgraciados.

GAB. Os juro, señores, que nunca imaginé... Qué me importan á mí esos bienes? Mi único deseo es obtener un curato en alguna aldea lejana de Paris... Siento una irresistible vocacion para esas humildes y útiles funciones... Qué me importa á mí el dinero?

- ROD. Bien, hijo mio. Y ahora, al separarnos, si quereis podeis hacer una obra de caridad renunciando á favor de nuestra órden esa herencia: yo mismo entenderé la renuncia mientras el señor abate llena el acta que os devuelve esa libertad tan deseada. (*Pónense ambos á escribir.*)
- GAB. Oh, madre mia! Agricol, amigos míos! Ya no llorais mas la ausencia de vuestro hijo, de vuestro hermano.
- D'AG. El acta está en regla, no teneis mas que firmarla.
- ROD. La mia primero. Una pequeña firma renunciando... (*Entregándole la pluma á Gabriel que firma.*)
- GAB. Aun cuando fuera un millon, no me pareceria cara la compra de mi libertad.
- D'AG. (Respiro! Ha firmado!) Tomad, hijo mio! (*Entregándole el acta.*)
- ROD. Oh! Qué miedo he pasado!

ESCENA IV.

Dichos, el NOTARIO y SAMUEL.

- SAM. El señor Notario.
- NOT. Tened la bondad... (*Indicándoles que tomen asiento.*) Samuel, traed los valores confiados á vuestra custodia.
- SAM. Todo está aquí, señor. (*Colocando una cajita en la mesa.*)
- NOT. (*Abriendo el testamento.*) Escuchad, señores. «Exijo que los descendientes de mi familia se encuentren personalmente al abrirse mi testamento, para que reunidos en este momento solemne, se conozcan y entiendan, á fin de cumplir mi última voluntad. Mi familia ha sido perseguida sin tregua por la compañía de Jesus, por la que muero falsamente acusado. Confio los restos de mi fortuna á un amigo fiel, á fin de que este dinero, colocado de tiempo en tiempo, durante ciento cincuenta años, dé á mis descendientes una fortuna inmensa, un poder capaz de luchar contra esa asociacion, á fin de que á la obra de tinieblas y de despotismo, los míos puedan oponer una obra de luz, de expansion y de libertad.»
- ROD. Hereje!
- NOT. «Prevenidos mis herederos por la medalla que cada uno llevará consigo, el trece de Febrero, á las

cinco de la tarde, mi herencia será repartida entre aquellos de mis descendientes que asistieran á la lectura de este testamento. Marius Renepont.»

D'AG. Siendo el único heredero que se halla aquí presente el llamado Gabriel Francisco María de Renepont...

GAB. Yo, Gabriel de Renepont?

D'AG. La herencia de su abuelo le pertenece á él, ó á aquellos en favor de quienes nuestro hijo haya renunciado.

GAB. En ellos! En los eternos perseguidores de mi familia! Qué he hecho yo, Dios mio! Qué he hecho yo!
(*Oyense dar las cinco.*)

TDOS. Las cinco!

ROD. Al fin!

NOT. No habiéndose presentado otro heredero, en nombre del testador, declaro...

ESCENA V.

Dichos. DAGOBERTO y AGRICOL.

DAG. Deteneos, señor notario, deteneos! (*Levantándose Rodin y cogiendo la cajita.*)

D'AG. Quién sois?

ROD. Qué quiere ese hombre?

DAG. Que quién soy? No me reconocéis? Cuando en Leipzig os batiais contra la Francia, el general Simon acribillado de heridas, os respondió á vos que le pediais su espada: «Yo no entrego mi espada á un traidor.» Al lado del general habia un soldado herido tambien; el soldado es el mismo que ahora os dice: «sois unos infames! pues por apoderaros de esa herencia, habeis cometido los crímenes mas horribles! Vosotros me habeis robado á mis niñas, á las hijas del general Simon, pero la justicia descubrirá hoy mismo su paradero, y ¡ay de vosotros! si hoy mismo no vuelven á mi poder.»

D'AG. Esa es una calumnia, hija de vuestra desesperacion.

ROD. El Señor nos manda perdonar á nuestros enemigos.

DAG. Ay de tí, que eres el traidor, el infame, el cobarde, causa de tantas desdichas, el perjuro, el apóstata marqués D'Aigrigny!

GAB. Decís que las hijas del general?...

AGRI. Son tus parientes.

GAB. Y yo soy quien las despoja.

- AGRI. Sí, pero tú eres ahora el único dueño, y compartirás con ellas esa herencia.
- GAB. Desgraciado! Todos esos bienes los he cedido de una manera irrevocable.
- DAG. Ha cedido sus bienes? Y á quién? á quién?
- GAB. A él! A ese hombre!
- DAG. Al renegado! Al ángel malo de la familia!
- AGRI. Pero es una maquinacion infame!
- D'AG. Cuidado con lo que decis.
- ROD. Dejadles! perdonad sus ofensas. Llevémonos la cajita.
- DAG. Pero esa donacion puede ser revocada.
- ROD. Poco á poco, señores; una donacion solo puede revocarse por tres motivos, no es así? (*Al notario.*) El primero es por la supervencion de un hijo, y entre nosotros, ya veis... El segundo, cuando se deja de cumplir la voluntad del donador, oh! y aquí lo que manda el susodicho donador será escrupulosamente obedecido. Y en fin, el tercer motivo de nulidad se funda en la ingratitud de no querer aceptar la donacion. Oh! el hermano Gabriel puede estar bien seguro, no solo de la aceptacion, sino de nuestro profundo y eterno agradecimiento. Con que llevémonos la cajita...
- DAG. Pero esto no es posible, y vos, señor notario...
- D'AG. A vos os toca decidir. (*Al notario.*)
- NOT. El acta de donacion está en toda regla, y me veo obligado á declarar al señor abate D'Aigrigny único poseedor de estos bienes. (*Rodin dirigiéndose á cojer la caja, á cuyo tiempo óyese un golpe de campana china, se abre la puerta del fondo y aparece el Judío Errante.*)

ESCENA VI.

Dichos y el JUDIO.

- JUD. Deteneos!
- GAB. Cielos!
- DAG. Qué veo!
- ROD. Quién es este hombre?
- AGRI. Gabriel, padre mio, qué teneis?
- GAB. El que se me apareció en la India y me arrancó de las manos de los salvajes!
- DAG. El extranjero de Siberia! El que se apareció á mi general hace treinta años, jóven y fuerte como lo es ahora!

- D'AG. Pero, qué dicen?
ROD. Por la primera vez en mi vida tengo miedo!
(*El Judío se dirige lentamente á un mueble de ébano, le abre, saca un papel que coloca delante del notario, y se dirige luego á la puerta del fondo, y mirando á Gabriel y á Dagoberto, esclama:*)
JUD. Esperad, esperad y rogad por mí! (*Desaparece.*)
DAG. Es esto una vision!
D'AG. Pero cómo ha penetrado ese hombre en esta sala?
ROD. Nada os importa. Vámonos. (*Apoderandose de la cajita.*)
NOT. Un momento, señores. Hay un codicilo.
TODOS. Un codicilo?
NOT. Sí, que lo aplaza y lo deja todo en el mismo estado.
DAG. Dejad otra vez esa cajita en su lugar. (*A Rodin tomándole la cajita y dejándola sobre la mesa.*)
ROD. Ah!
AGRI. No se ha perdido todo: aun queda una esperanza.
NOT. Escuchad: «Teniendo en cuenta los medios que emplearán nuestros enemigos para impedir que puedan hallarse el dia señalado todos mis herederos, doy una próroga de tres meses para la ejecucion de mi testamento.
D'AG. Fatalidad!
ROD. Pero el hombre que ha entregado ese papel es un espectro.
NOT. Samuel, llevaos esta cajita; y nosotros, señores, hasta dentro de tres meses.
DAG. Ah! para esa fecha, yo os prometo que la reunion aquí será mas numerosa. (*Vánse Gabriel, Dagoberto y Agricol.*)

ESCENA VII.

D'AIGRIGNY y RODIN.

- D'AG. Todo se ha perdido! Inmediatamente escribid á Roma, anunciando este golpe que ha frustrado todas nuestras esperanzas. (*Rodin poniéndose á escribir. D'Aigrigny dicta.*) «Nuestros proyectos sobre el asunto Renepont, han fracasado! Esta inmensa fortuna, se ha perdido para siempre.» (*Rodin arrojando la pluma se levanta.*) Qué haceis?
ROD. (Es preciso concluir con este hombre extravagante.)
D'AG. La pérdida de este negocio, á todos nos trastorna la cabeza. Volved á vuestro sitio, y proseguid.

- ROD. (*Mirando fijamente á D'Aigrigny.*) Que prosiga? Imposible!
- D'AG. Ah! cuando así me contestais vos que hasta ahora siempre me habeis obedecido...
- ROD. Mirad este pliego (*Sacando de su cartera un papel que le entrega.*)
- D'AG. Qué veo! De Roma! (*Despues de fijarse en el papel, lo lleva á sus labios y se lo devuelve.*)
- ROD. En él se me dan poderes para destituiros. Ahora sentaos vos, y escribid.
- D'AG. Obedezco: pero tendreis la bondad de decirme en qué he obrado mal? No habeis vos mismo contribuido?...
- ROD. Vos mandabais, y yo obedecia. Durante mucho tiempo, y aunque este negocio me parecia superior á vuestras fuerzas, os he dejado hacer... y cuántas faltas, cuánta pobreza de invencion! Todos vuestros medios han sido inciertos y peligrosos; existe en vos un hábito de batallador y de mundano, que siempre se trasluce y quita á vuestro juicio la fria penetracion que debia tener.
- D'AG. Señor, estais muy severo.
- ROD. Estoy justo. Y en prueba de ello, yo me encargo de hacer salir bien este negocio que vos juzgais desesperado.
- D'AG. Vos? Considerad que nos han quitado la máscara.
- ROD. Tanto mejor. Los resultados mas difíciles, son los mas seguros.
Ejerceré mi fuerza, no por la violencia, sino por las pasiones de nuestros enemigos. Mis armas, las buscaré dentro de su propio corazon. Todos son jóvenes, son bellos, y están llenos de amor y de fé; pues bien, con su juventud, con su belleza, con su amor; es con lo que yo he de combatirles. Escribid! escribid!
- D'AG. Obedezco.
- ROD. (*Dictando.*) Por faltas cometidas por el reverendo padre D'Aigrigny, el negocio de los doscientos millones, se ha visto comprometido; pero yo, Rodin, me encargo de recuperar este tesoro, siempre que se me concedan para obrar con toda libertad, los poderes mas completos.» Dadme. (*Firma.*) Qué salga este pliego hoy mismo. (*D'Aigrigny se inclina. Rodin coje su sombrero y le vuelve la espalda.*) Sixto quinto fué un simple guardador de cerdos, y Sixto quinto llegó á Pápa. Paciencia! Paciencia!

Fin del acto séptimo.

ACTO OCTAVO.

EL JUDIO ERRANTE.

Gabineta en casa D'Aigrigny. Puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

D'AIGRIGNY, *despues* RODIN.

- D'AG. (*Apareciendo por la izquierda con una carta en la mano y recorriendo á grandes pasos la escena.*) Astucias infernales! diabólicas maquinaciones! oh! Si los ocultos manejos de ese hombre no se hubieran vigilado... Pero su satánica ambicion toca á su fin. Acaso pretendias, mugriento personaje, elevar-te cual otro Sixto quinto! Tu me humillaste con tu insolente desprecio; pero tu suerte está hoy en mis manos.
- ROD. (*Por el foro suponiendo habla con alguno que se halla fuera. Luego se adelanta, mirando fijamente á D'Aigrigny*) (Con que se hacen contraminas! con que tienes en tu poder una orden para reducirme nuevamente á la condicion de tus subalternos!.. preciso es jugar el todo por el todo.)
- D'AG. Os esperaba, señor Rodin! (*Viéndole.*) Podreis espicarme que éxito han tenido vuestros planes en el asunto de la familia Renepont? Sabreis decirme si habeis hecho algo mas que yo?
- ROD. Eso me preguntais cuando lo he conseguido todo! hablé de amor y de celos á naturalezas estúpidas, como Santiago Duerme en cueros; heróicas y exaltadas como el indio D'jalma; sensuales y escéntricas como Adriana de Cardoville. Y al despertar el fuego del amor y el volcan de los celos en todos

esos corazones ardientes é impetuosos, presa de la mas terrible desesperacion se han destruido, y hoy trece de Mayo, ninguno de ellos late, ninguno, y dentro de un momento iré yo solo á recojer la herencia!

D'AG. (*Con ironía.*) Gracias á vos, padre mio, una vez en nuestro poder esa inmensa fortuna...

ROD. Será una palanca poderosa para nuestra órden.

D'AG. (*Con fuerza.*) O un medio para realizar vuestra insensata ambicion.

ROD. Señor abate!

D'AG. Conozco vuestros proyectos! Mirad! (*Enseñándole la carta.*)

ROD. De Roma! del cardenal ministro! Señor D'Aigrigny, esta es una traicion, y las traiciones suelen costar caras.

D'AG. Me amenazais?

ROD. No por cierto; esta mano es demasiado débil... pero existen otros medios...

D'AG. (*Sonriendo.*) Cuáles? (*Rodin mira hácia la puerta del foro, por donde aparece Dagoberto.*)

ROD. (Ah!) Los diré con franqueza; pero antes permitid que os haga algunas preguntas.

D'AG. Hablad.

ROD. Fuisteis vos quien por mi conducto ordenó en Lepzig el arresto de las hijas del general Simon?

D'AG. Mis instrucciones se cumplieron; pero no fué posible detener por mas tiempo...

ROD. Sois vos quien mas tarde las ha perseguido en Paris, como en otro tiempo perseguisteis á su madre?

D'AG. Yo soy. Mas no adivino...

ROD. Sois vos, en fin, quien ha hecho conducir á esas niñas al hospital de la calle de Mont-Blanc con el pretesto de que allí encontrarían á Gabriel, y allí han encontrado la muerte, sucumbiendo las dos víctimas del contagio?

D'AG. No acierto á comprender el objeto de esas preguntas, cuando me hablabais de no se qué medios de venganza... (*Rodin señala á Dagoberto que durante las últimas palabras ha bajado lentamente, colocándose enfrente de D'Aigrigny.*)

ROD. El medio de mi venganza miradle ahí! (*Rodin se retira por el foro, oyéndose como echa dos vueltas á la llave de la puerta.*)

D'AG. Otra nueva alevosía de ese hombre! (*Dagoberto y D'Aigrigny permanecen un momento inmóviles y silenciosos. Luego saca el primero dos espadas que llevaba ocultas bajo el capote.*)

- DAG. Mis hijas han muerto! Es preciso que yo te mate.
D'AG. Mi vida solo pertenece á Dios!
DAG. Vamos á batirnos á muerte, y como quiero vengar á mi general y á mis hijas, ésto y tranquilo.
D'AG. Mi estado no me permite batirme.
DAG. Rehusais?
D'AG. No puedo aceptar ese duelo. Nada será capaz de obligarme.
DAG. Nada?
D'AG. Nada absolutamente.
DAG. Veamos. (*Dándole una bofetada.*)
D'AG. Ah!... las espadas, las espadas.
DAG. D'Aigrigny, vais á morir.
D'AG. Y Rodin triunfará! Nunca! Dios mio! perdonad mi cólera y al que ha escitado mi furor. (*Doblando la espada contra la rodilla y arrojándola al suelo en dos pedazos. Dagoberto coje el pedazo de la punta, y rompe la suya en iguales partes* (1).
DAG. «Ah! preferis el puñal á la espada! Sea, pues, con el puñal!
D'AG. »Este hombre es Satanás!
DAG. »No! es un padre que venga la muerte de sus hijas.
D'AG. »Una lucha de asesinos! jamás!»
DAG. Cobarde! Será preciso que te hiera en el rostro para ver si tienes sangre en tus venas? (*Dándole un golpe con la espada en el rostro.*)
D'AG. Esto es demasiado! Necesitas mi sangre; pues bien; si yo puedo será la tuya. (*Arrojándose el uno contra el otro, y despues de una breve lucha, caen los dos al suelo.*)
D'AG. Oh!
DAG. Yo herido! Pero él muerto.
ROD. (*Entreabriendo la puerta y con la caja debajo del brazo.*) Se puede entrar?
D'AG. Mónstruo infernal! tu eres la causa de mi muerte. (*Espira.*)
ROD. Siempre os dije, querido padre, que vuestros antiguos humos de guerrero os serian fatales. (*Abalanzándose con ánsia y sacándole un papel del bolsillo.*) Muerto él, domino yo sin rival, y las esperanzas de mi vida entera se ven realizadas! Hoy, por fin, voy á ser el primero, el mas grande, el mas poderoso de todos. (*Dirigiéndose á la izquierda, en la que aparece el Judío con una antorcha*

(1) Si el actor que dirige la obra juzga de mal efecto la lucha de estos personajes con las espadas rotas, puede suprimir los versos entrecomados.

- en la mano, á cuya vista retrocede Rodin espantado.)*
- JUD. Dios es solo el poderoso! Maldito! inclina tu orgullo.
- ROD. *(Dejando la cajita sobre la mesa retrocede aterrado y cae de rodillas.)* El! siempre él!
- JUD. Tu hora ha llegado: sucumbe al fin! uno de tus cómplices te ha envenenado al tomar agua bendita!
- ROD. Ah! sí; me siento morir; un mar de fuego corre por mis venas, pero al menos he triunfado... y esa familia...
- JUD. Ellos vivirán en el cielo, y tú no podrás gozar el fruto de tus infamias. *(Prendiendo fuego con la antorcha á la cajita.)* Mira! las llamas consumen ese inmenso tesoro, para que sean mas horribles los últimos instantes de tu vida.
- ROD. Qué haceis! la herencia! la herencia!... y no puedo!... socorro!...
- JUD. Muere con esa angustia mas. Ahora, Dagoberto, condúceme á la tumba donde están Rosa y Blanca, para que ellas me rediman y me habran las puertas del cielo. *(Vánse.)*
- ROD. La herencia!... ah!... maldicion sobre ellos! maldicion sobre mi! *(Muere.)* *(Oyese un gran ruido de trompetas y la escena se cubre de densas nubes. Mutacion. Aparece la escena dividida en dos partes. En la superior que figura la gloria, se ven varios grupos de querubines, y el ángel del Señor que conduce hácia el cielo al Judío Errante sostenido por Blanca y Rosa; á los lados Adriana, D'jalma y Santiago. En la parte inferior, Rodin y D'Aigrigny, á quienes el ángel exterminador precipita en el infierno. Armonía por la orquesta.)*

FIN DEL DRAMA.

Para los efectos de la propiedad queda hecho el depósito que marca la ley.

Errata. En el frontis, línea 5.^a, donde dice *arreglada á nuestra escena*, léase solo *arreglada*.





